

Recibanla en el Señor



PRESENTADO POR: DISCERNING DEACONS

Una reunión de oración para la
Segunda Comisión de Mujeres y el Diaconado
y para recibir los testimonios de mujeres
que quisieran discernir una vocación
al diaconado ordenado
si la Iglesia católica
restablece el diaconado a las mujeres

Discerniendo la llamada al diaconado: Testimonios de mujeres católicas

I: Vuestros jóvenes verán visiones.....	4
I. Keator, Gabriela.....	5
II. Kutz, Krista.....	7
III. Lopez, JoAnn Melina.....	9
IV. Murano, Casey.....	11
V. Pérez, Michelle.....	13
VI. Robledo, Calista.....	15
II: Vuestros mayores soñarán sueños.....	17
I. Fraser, Svea.....	18
II. Gibbons, Anne.....	20
III. Jonah, Mary Caroline.....	22
IV. Kinoshameg, Rosella.....	24
V. Lamski, CSJ, Mary.....	26
VI. Leyden Cavanaugh, Jane.....	28
VII. Lue, Rose.....	30
VIII. Whitehouse, OFS, Gladys.....	32
III: El ministerio a mujeres, familias y en las periferias.....	34
I. Adamson, Kelly.....	35
II. Amman, Lisa.....	37
III. Attea, Anne.....	39
IV. Bernacki, Jeanne.....	41
V. Beyer, Allison.....	43
VI. Bonilla, Rosa.....	45
VII. Deegan-Krause, Bridget.....	47
VIII. Getek Solis, Kathryn.....	49
IX. Jimenez, Jazmin.....	51
X. Kozubik, Shannon.....	53
XI. Laubach, Nina.....	55
XII. Miska, Rhonda.....	57
XIII. Probst Miller, Sarah.....	59
XIV. Tinajero Deck, Lydia.....	62
Apéndices.....	64
I. Formal Guidance Requested.....	65
II. Called to Contribute Report - Executive Summary.....	66
III. Guidelines for the Restoration of the Diaconate.....	71

Sucederá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.

Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu y profetizarán.

Hechos 2,17-18

I: Los jóvenes verán visiones



Adoramus te, lápiz de colores soluble en agua sobre papel, de Casey Munro. Inspirado en una semana de oración con la comunidad de Taizé.



Gabriela Keator es una futura estudiante del máster en Divinidad que persigue una llamada para trabajar con personas que buscan asilo en Estados Unidos. Criada en la tradición franciscana y beneficiaria de una educación universitaria jesuita, cree firmemente en encontrar a Dios en todas las cosas y en servir a quienes han sido marginados. Como antigua voluntaria jesuita, ha acompañado a personas en busca de asilo dentro y fuera de los centros de detención en Houston, Texas. Actualmente enseña en el sur de España, donde está mejorando su español para comunicarse mejor, con más hijos de Dios.

Estaba sentada con nuestros alumnos de confirmación de octavo grado escuchando a nuestro director decirles repetidamente: “¡la Iglesia es vuestra casa!”.

Gracias a mi familia, sé lo que se siente al ser bienvenido en tu casa. Crecí yendo a la Iglesia y viendo a mi abuelo paterno, el primer diácono permanente de nuestra iglesia, predicar durante la misa y atender a todo el mundo. He sido lectora de jóvenes y dirigí proyectos de servicio. Esta capacidad para compartir las Escrituras y unir a la comunidad es la forma en que llegué a conocer a Jesús.

A lo largo de la universidad, los momentos en los que proclamaba las Escrituras durante la misa eran aquellos en los que sentía a Jesús a mi alrededor. En múltiples ocasiones, sentí como si me cayeran “rayos litúrgicos”, en los que sentía un desbordamiento de palabras para la comunidad sobre la Escritura que acababa de proclamar. Ningún momento fue tan fuerte como cuando narré el Evangelio del Domingo de Ramos, proclamando sobre María Magdalena recibiendo instrucciones de “Ve y dile”.

“Ve y dile”. Este sencillo mandato es lo que he oído que Jesús me susurraba repetidamente. “Ve y dile a mi pueblo que es amado. Ve y dile a mi gente que son bienvenidos en este hogar. Ve y diles que tú, querida mía, estás llamada a servir aquí”.

Me he vuelto creativa sobre cómo vivo la llamada de Cristo a servir. He llegado a enfocar todo lo que hago, dentro de la mentalidad del ministerio diaconal. He servido dentro y fuera de los centros de detención, explicando el proceso legal de asilo a los inmigrantes recién llegados. Entré con las credenciales de representante acreditada, pero ofrecí acompañamiento pastoral como lo haría un ministro. Actualmente, no puedo entrar como capellán en la mayoría de los centros de detención porque la ordenación es un requisito para la entrada. Para entrar por la

puerta, tomé el camino más largo, no dispuesta a permitir que los tecnicismos me impidieran amar bien y estar presente para aquellos que a menudo se sienten abandonados.

Cuando comunico cómo me siento llamada a servir a la Iglesia y a sus miembros, tanto católicos como no católicos me sugieren que abandone la Iglesia católica y me ordene en otra confesión. Lloro más y más cada vez que se plantea esa sugerencia.

No quiero abandonar mi hogar. No quiero tener que buscar fuera de la Iglesia católica el apoyo, el reconocimiento, la formación y la autoridad para ejercer el ministerio que Cristo y las personas a las que quiero servir me han estado llamando.

El diaconado, como atestiguó mi abuelo, es un ministerio de servicio, palabra y liturgia. Es un ministerio que rezo para que se abra como una posibilidad para mí de discernir con la Iglesia. Rezo para que mujeres como yo puedan ser recibidas con los brazos abiertos mientras buscamos decir más plenamente “sí” a servir en una Iglesia en la que todos puedan saber que están en casa.



Krista Kutz obtuvo una licenciatura en Teología, Summa Cum Laude, por la Universidad Xavier y un máster en Divinidad por la Divinity School de la Universidad de Chicago, donde fue galardonada con el premio Joseph Gray Rhind, concedido anualmente “a un estudiante avanzado del programa ministerial de la Divinity School cuya excelencia en la formación académica y profesional sea una promesa notable de una contribución significativa a la vida de la Iglesia”. Ha sido directora de liturgia en la iglesia Old St. Patrick de Chicago y ha desempeñado funciones de promoción de misiones en The Night Ministry y Shirley Ryan AbilityLab. En la actualidad, Krista es la Directora de Crecimiento e Impacto de Rotunda Software, creadores de Ministry Scheduler Pro, que

ayuda a las iglesias y organizaciones sin ánimo de lucro a hacer crecer sus ministerios litúrgicos y de voluntariado. Fuera del trabajo, es voluntaria en la comunidad, miembro del coro de la iglesia, ávida lectora, entrenadora de jóvenes y orgullosa madre de dos futuros cambiadores del mundo.

A lo largo de mi vida, he sentido los impulsos de la llamada de Dios, a menudo antes de tener las palabras para nombrarla por mí misma. De niña, me encantaba estudiar a los santos y las Escrituras, encontrando conexiones entre esas historias y mi propia vida. La hermana Jeanne, una religiosa dominica de mi escuela parroquial de primaria, compartió conmigo muy pronto que yo estaba llamada a servir en la Iglesia de alguna manera. Mis profesores de teología y líderes ministeriales a lo largo de la escuela secundaria, la universidad y la Divinity School afirmaron lo mismo. Su aliento y sus ejemplos vivos de fe y servicio me hicieron creer que una vida de ministerio era posible. La comunidad, en el mejor sentido, nos ayuda a discernir nuestra vocación. Incluso ahora, pienso en la hermana Jeanne y en otros mentores espirituales mientras navego por los retos y las alegrías de la paternidad trabajadora, el ministerio profesional y los compromisos de servicio.

Cada decisión que he tomado en la vida ha estado arraigada en mi camino de fe. Elegí asistir a una escuela secundaria católica, donde serví en el liderazgo del ministerio del campus. Elegí una universidad católica, donde estudié teología y dirigí oportunidades de servicio y ministerios litúrgicos. Estas experiencias profundizaron mi relación con Jesús y la Iglesia, y mi inquietud por servir a la Iglesia como ministro no hizo más que crecer. Así que cursé estudios en una Divinity School para profundizar en mi comprensión de la teología y el ministerio, con la intención de dedicar mi vida a enseñar y servir a los demás a través de las comunidades de fe. A lo largo de los años, he desempeñado funciones pastorales en iglesias a tiempo completo y he trabajado en el ministerio y en el liderazgo de organizaciones sin ánimo de lucro, acompañando a poblaciones vulnerables, incluidos jóvenes sin hogar. Mi relación con Jesús me inspira a intentar vivir como Él vivió: sirviendo a los demás, amando profundamente y

trabajando por la sanación y la justicia en el mundo. Aunque todos los cristianos están llamados a seguir a Jesús, he sentido una llamada distinta y persistente a dedicar mi profesión, mi vocación y mi tiempo libre por completo al ministerio y al servicio dentro de la Iglesia.

Esta llamada también ha dado forma a mi manera de acompañar a los demás en sus itinerarios de fe. Amigos, familiares, vecinos y compañeros acuden a menudo a mí con necesidades y peticiones que de otro modo llevarían a un líder eclesiástico. Me han pedido que rece con seres queridos que están enfermos, que ofrezca consejo en momentos difíciles. He oficiado varias bodas en entornos laicos para parejas que habrían considerado casarse por la Iglesia si yo estuviera ordenada. También he ayudado a vecinos y amigos a planificar servicios funerarios, ofreciéndoles apoyo mientras seleccionaban las Escrituras y las oraciones, y pronunciando elogios para mis propios seres queridos con cuidado y compasión. Estas experiencias han afirmado mis dotes para el ministerio pastoral y la predicación.

Los ministerios de un diácono -predicar, servir, acompañar, cuidar de los marginados- son las formas en las que me siento más viva y llamada a dar mis dones. Creo que la Iglesia se beneficiaría de mi servicio como diaconisa porque ya estoy acompañando a otros en estos momentos sagrados, ofreciendo un liderazgo lleno de fe y oración a los necesitados. Mi formación en teología y predicación, combinada con mi experiencia vivida del cuidado pastoral, me equipa para llevar a cabo estos ministerios desde una base de compasión y fidelidad.

Por mi parte, apporto no sólo un profundo amor por la Iglesia y el Evangelio, sino también la convicción de que el ministerio de Jesús es también el mío, de que estoy llamada a seguir sus pasos en el servicio. Espero responder plenamente a esta llamada algún día, sirviendo a la Iglesia como diácona y continuando a compartir la Palabra y el amor de Dios con todos aquellos con los que me encuentre.



JoAnn Melina Lopez trabaja como directora de formación en la fe en la parroquia católica de San Basilio de Toronto. Creció en la India y Singapur, se graduó en la Escuela de Teología y Ministerio del Boston College con un máster en Divinidad y ha servido en ministerios parroquiales, universitarios e ignacianos en EE.UU. y Canadá. Su predicación fue seleccionada para su publicación en “Mujeres católicas predicán: Levantando voces, renovando la Iglesia - Ciclo B (2023)”. JoAnn está comprometida con la sinodalidad y el cultivo de comunidades de esperanza, imaginación y acompañamiento en las que todos se sientan acogidos, amados y capacitados para asociarse al sueño de Dios para el mundo. Desde 2022, se ha implicado activamente en la misión de Discerning Deacons, incluida su participación en las peregrinaciones a Roma durante las

asambleas sinodales de octubre de 2023 y 2024.

El Espíritu me llama a amar, servir, acompañar y capacitar al pueblo de Dios, y a proclamar la buena nueva del amor inagotable de Dios (Rom. 8,38-39). He discernido esta vocación diaconal a través de la escucha del pueblo de Dios y del Espíritu, y por eso comparto mi historia junto a las voces de los fieles. Al crecer como católica en Asia, mi familia cultivó en mí un profundo amor a Dios y un sentido de pertenencia a la Iglesia. En la edad adulta, los encuentros con ministros, los retiros, las Escrituras, las peregrinaciones, la liturgia y la dirección espiritual me sumergieron en una amistad transformadora con Jesús, que me llamó a amar y servir a los más marginados.

“Todas estas cosas que me han pasado: ¡Dios debe odiarme!”

- me grita una solicitante de asilo a mí, su asistente legal.

Encontrar y escuchar los gritos y preocupaciones de personas en situación de vulnerabilidad me llevó a estudiar teología y pastoral, con la esperanza de amar y acompañar mejor al pueblo sufriente de Dios. Mis experiencias de oración, estudio y formación me llevaron a un sentido de vocación: acompañar a las personas, proclamar su amabilidad e invitarlas a participar en la misión amorosa de Dios. En respuesta, he dedicado una década al ministerio profesional, primero como ministro universitario en Seattle (EE.UU.) y ahora como asociada pastoral laica parroquial en Toronto (Canadá). Reflexionando hoy en oración sobre mis experiencias ministeriales y espirituales, escucho de nuevo mi vocación: predicar la buena nueva, dar vida a la diaconía en la Iglesia y catalizar la corresponsabilidad. Creo que el Espíritu puede estar llamándome a ser mujer diácono, y me gustaría discernir esta posibilidad con mi Iglesia.

**"Pensaba que mi acento significaba que no podía servir,
hasta que usted me invitó a ser voluntaria".**

- una antigua feligresa y nueva ministra de liturgia.

Aunque mi trabajo ha cambiado en función de mi contexto, mi ministerio sigue arraigado en la liturgia, la Palabra y el servicio: el trabajo diaconal. La Eucaristía me nutre y alimenta mi sentido de compasión y misión. Sirvo en todas las funciones litúrgicas abiertas a los laicos, e invito y capacito intencionadamente a personas de todos los orígenes para que sirvan. Elaboro oraciones y encuentros inclusivos para que nadie se sienta excluido del abrazo de Dios. Acompaño a catecúmenos; preparo parejas para el matrimonio; apoyo a los dolientes; planifico funerales; visito a los enfermos; y ofrezco formación en la fe para todas las edades. También he dirigido, en colaboración con otros, iniciativas de justicia arquidiocesana e he implicado a los fieles a través de cada una de las etapas del Sínodo. Trabajo junto al clero y laicos para la misión de Dios. La Palabra me fortalece, y abro la Palabra a través de la Escritura publicada, predicando en oraciones y retiros, y facilitando grupos para compartir la fe.

Sueño y trabajo por una Iglesia en la que los bautizados crean que tienen algo que recibir y algo único que ofrecer. A través del discernimiento sinodal, la formación y las iniciativas de corresponsabilidad, capacito a los feligreses para que asuman su corresponsabilidad en la misión. Durante el último año, mi parroquia duplicó nuestro compromiso: ¡actualmente, el 30% de nuestra comunidad de fieles de fin de semana se ofrece como voluntaria en la liturgia, la oración, la construcción de la comunidad, la catequesis y el servicio a los vulnerables!

“¡Hubieras sido una diácona maravillosa!”

- un anciano de la parroquia y ministro de liturgia desde hace mucho tiempo.

En la oración y la conversación con mi comunidad, escucho la llamada del Espíritu al ministerio diaconal. He abrazado de todo corazón el ministerio laico, y mi trabajo es fructífero para mí y para los fieles. Sin embargo, anhelo la gracia que aporta la ordenación diaconal: estar más configurada con Cristo, fortalecida para amar y servir a los fieles, viviendo plenamente mi llamada. Me imagino formando parte de una orden de diáconos comisionada y autorizada, animando la diaconía de una Iglesia sinodal, misionera, alegre y misericordiosa. En la oración, oigo a Jesús gritar **“¡la mies es mucha”** (Mt. 9, 35-38), llamándome a servir con alegría en el campo. La ordenación me equiparía y capacitaría para colaborar plenamente por el reino de Dios.

“No puedo explicar cuánto has influido en mi fe en mí misma como mujer católica en el ministerio. Tu ejemplo de vivir tus valores me hace querer vivir de la misma manera. Me has enseñado a escuchar, a hacer las mejores preguntas, a amar mejor”.

- una antigua alumna, ahora ministra laica.

San Pablo dice que los fieles **“son nuestra carta, escrita en nuestros corazones, para que todos la conozcan y la lean”**. (2 Cor. 3,1-3). Estoy agradecida de que las comunidades a las que sirvo invoquen y reconozcan mis dones. El Pueblo de Dios ha visto en mí una posible vocación a la orden de los diáconos. Oigo la voz de Dios que me llama a servir aún más profundamente como Cristo. Me gustaría discernir esta llamada al diaconado públicamente con la Iglesia, junto con mi familia y mi círculo de amigos, como una respuesta fiel a la obra del Espíritu en mi vida.



Casey Murano es una artista católica, arraigada en la fe, que creció en las montañas Blue Ridge de Virginia. Obtuvo una licenciatura en Práctica de las Artes Visuales y Mediáticas en la Universidad de Richmond y completó un año de servicio con el Programa de Trabajadores de San José en San Pablo, Minnesota. Actualmente vive en Bethlehem Farm, una comunidad católica intencional en los Apalaches.

Coloco ovejas de madera en el prado mientras mi maestro nos dirige a mí y a los demás niños en el canto:

*Como un pastor Él apacienta a su rebaño
Y recoge a los corderos en sus brazos
Sosteniéndolos cuidadosamente cerca de su corazón
Llevándolos a casa.*

Había oído hablar de Jesús a través de la iglesia y de la Biblia ilustrada que me leía mi madre, pero fue en el Atrio del Catecismo del Buen Pastor donde aprendí a seguirle. Como niña artística e introspectiva, entre los cuatro y los trece años, el entorno rico en imágenes y participativo de esta formación temprana en la fe me proporcionó un conjunto de herramientas dinámicas para crecer como discípula de Jesús. Sigo recurriendo a la tradición católica, la sabiduría y las prácticas del Buen Pastor a medida que mi camino vocacional se desarrolla en la intersección del arte y el ministerio.

La peregrinación, como camino sagrado de transformación, es fundamental en esta intersección. Recorrí el Camino de Santiago con la Oficina de la Capellanía siendo estudiante en la Universidad de Richmond, donde también ejercí como ministra de la eucaristía, dirigí estudios de las Escrituras y planifiqué actividades de confraternización para los grupos católicos, ecuménicos e interreligiosos.

Así que cuando comenzó el Sínodo sobre la Sinodalidad justo después de graduarme, me sorprendió ver cómo la peregrinación, aprender a confiar en que el Espíritu Santo se mueve entre el Pueblo de Dios, se desarrollaba a escala mundial en sincronía con mi vida creativa y de oración. Hice lo que pude para participar, invitando a otros a unirse a mí en sesiones de escucha tanto con Discerning Deacons, como con mi parroquia local. Por aquel entonces, yo era una Obrera de San José que servía en un hogar de transición para solicitantes de asilo.

Inspirada por el carisma de las Hermanas de San José de amar a Dios y al prójimo sin distinción, aprendí de mujeres que llevaban toda la vida ejerciendo el ministerio y escuchando al Espíritu Santo.

Entonces el Buen Pastor me condujo a los pastos, literalmente. Me encontré sirviendo en la Granja Belén, una comunidad católica intencional en los Apalaches que transforma vidas a través de las piedras angulares evangélicas de la oración, la comunidad, el servicio y la sencillez. Aquí acompaño a jóvenes adultos en semanas de servicio-retiro. Me siento más viva cuando dirijo la liturgia o reúno a la gente para rezar con temas de la doctrina social de la Iglesia a través del arte del collage, dejando espacio para que exploren cómo les guía el Buen Pastor. Al estar cerca de la tierra, entiendo de primera mano la llamada del Papa Francisco a escuchar el clamor de la tierra como nos dice en *Laudato Si'*. Anhele vivir la visión de la Carta Pastoral de los Apalaches, “Esta tierra es mi hogar”, escrita por los líderes de la Iglesia en 1975: “que la Iglesia vuelva a ser un lugar donde florezca el arte, donde la justicia hable en voz alta y la voz de Dios siga clamando por la vida”.

Ahora me estoy preparando para continuar mi formación en el Buen Pastor solicitando el ingreso en la escuela de posgrado. A través de los estudios teológicos, exploraré la llamada que ha seguido profundizándose con estas experiencias vividas en comunidades arraigadas en la fe: el deseo de servir como ministro ordenado. El diaconado me atrae, en particular. Como diácona y artista, encarnaría el ejemplo de Jesús como Buen Pastor, con dulzura y confianza en el desarrollo de la peregrinación y los procesos creativos. Ser diácona ordenada en la Iglesia católica me equiparía para ofrecer atención pastoral, preparar liturgias atractivas y guiar al rebaño para convertirse en una iglesia sinodal.



Michelle Pérez trabaja actualmente como analista de asunto gubernamentales en *McCarter & English LLP*. Realizó un máster en la Escuela de Diplomacia y Relaciones Internacionales de la Universidad Seton Hall, concentrándose en Reconstrucción y Sostenibilidad del Estado tras el Conflicto y en América Latina y el Caribe. Obtuvo su licenciatura en Ciencias Políticas, junto con estudios secundarios en Antropología y Filosofía, en la Universidad de San Pedro. Con doble nacionalidad, Michelle ha servido a sus conciudadanos colombianos en el Consulado General de Colombia, en Newark, Nueva Jersey. Ha coordinado y continúa participando en programas de servicio comunitario como la Despensa de Alimentos y Ropa de la Universidad de Saint Peter's y la Cocina del Campus de la Universidad de Saint Peter's. Anteriormente ocupó el cargo durante 3 años como Representante de la Juventud de la Universidad Saint

Peter, en su posición de Organización No Gubernamental en las Naciones Unidas.

Cuando mi profesor de español del Instituto me preguntó para una tarea de clase: “¿Quién soy?”, respondí escribiendo tres páginas de razones por las que creí haber nacido para ser “monaguilla”. “El don”, pronto me impulsaría a mí y a mi vida hacia un servicio a Dios, lleno de ternura.

La parroquia de mi infancia, donde fui bautizada y recibí mi primera comunión, era un lugar de alegría y celebración. Ver la misa por televisión con mi madre cuando tenía 14 años ya no era lo mismo. Para entonces, mis padres me habían dado el tiempo y el espacio que necesitaba para elegir mi fe; para volver y abrazar la sencilla llamada a pasar tiempo en oración y reflexión tranquila, lo que considero una gracia. Cuando les dije a mis padres que quería volver a misa, me dejaron, pero dije que iría por mi cuenta. Me sentí llamada a servir casi de inmediato y, aunque no recuerdo qué era lo que sonaba tan fuerte en esa llamada, mi yo de 14 años me escuchó. Corrí a la sacristía y me inscribí. Durante los diez años siguientes serví en el altar, a veces oficiando tres misas diarias en español e inglés.

Cuando tenía 16 años, pregunté a mis padres por su parroquia natal. Mis padres se conocieron en su pequeña parroquia de San Juan Eudes en Cartagena, Colombia, donde mi padre era monaguillo y mi madre, lectora y catequista. Por aquel entonces, a las mujeres no se les permitía ser monaguillos. ¿Quién me iba a decir que adquiriría su amor individual por sus ministerios y por los demás dentro de mi propia historia de búsqueda de la fe? Me inspiró su amor por el servicio, y resulta que a su párroco también, tanto que les animó a casarse en una de las iglesias más renombradas de Cartagena: la Iglesia de San Pedro Claver. El santo jesuita patrón de los esclavos tenía tanto significado para ellos. ¿Quién iba a decir que también tendría

tanto significado para mí? Las llamadas al tierno servicio de *San Pedro Claver*, de mis padres y de su párroco estaban formando el don lleno de fe que compartirían conmigo.

Cuando me matriculé en la Universidad de San Pedro, la universidad jesuita de Nueva Jersey, mi formación continuó. Mis valores y prioridades continuaron desarrollándose; como monaguillo, todos los puntos estaban finalmente conectando para mí a medida que los principios ignacianos se convertían en mi núcleo. Hasta ese momento, mis valores eran los de mi párroco irlandés: el amor, la lealtad y la amistad, representados por *el claddagh* envuelto en los brazos y con el corazón en la mano. Esos valores me impulsaron a convertirme en una líder a servicio de mi comunidad universitaria: transformando, defendiendo y acompañando a mis compañeros en la tradición y la formación jesuitas. Más tarde llevaría esa pasión por servir, abogar y acompañar hacia un máster en diplomacia y relaciones internacionales. Esas pasiones también me llevaron a la Misión Permanente de Observación de la Santa Sede ante las Naciones Unidas.

El tiempo que pasé siguiendo las negociaciones del Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular sigue transformando e informando mi formación. Tuve la oportunidad de predicar para Catholic Women Preach sobre esta experiencia, reflexionando sobre que “a quien mucho se le da, mucho se le exigirá”. Aprendí que yo también puedo abrir la Palabra; que yo también puedo aportar luz o arrojar sabiduría sobre la persona que encontramos en el Evangelio cada semana. Cuando me invitaron a predicar en un retiro, discerní que Dios no sólo me invitaba a servir en el altar, sino también a ser lectora, a administrar la Sagrada Comunión, a cantar en el coro, a enseñar como catequista (como hacía mi madre) y, finalmente, a predicar.

Poco después de mi experiencia con Catholic Women Preach, encontré a mi gente en Discerning Deacons (discerniendo el diaconado). Ahí estaba de nuevo esa palabra: *discernir*. Para los jesuitas que he encontrado en mi vida, el discernimiento es un proceso continuo, formativo y transformador relacionado con el ministerio ordenado. Para mí, un diácono tiene la tarea única de conectar experiencias de lo divino y lo mundano en tiempo real y en la vida real con un impacto tangible y la ternura que tanto necesitamos en nuestro mundo actual. Recibir esta gracia, para mí, sería bendecir “Esta puente, mi espalda”, como Gloria Anzaldua se refería al papel de tender puentes entre culturas, pueblos, lenguas y la propia identidad para un mayor servicio a Dios y al pueblo de Dios, hecho con ternura.



Michelle, segunda por la izquierda, sirviendo como monaguillo durante sus años académicos.



Calista Robledo es estudiante de segundo año de máster en Divinidad en la Escuela Clough de Teología y Ministerio del Boston College. Nacida y criada en la frontera entre Texas y México, en el Valle del Río Grande, Calista se formó con su fe y su herencia hispana entrelazadas. Al crecer, el Espíritu Santo ha guiado a Calista a través de una variedad de formas artísticas, desde la danza, al teatro, a la escritura, y Calista llegó a la mayoría de edad como ministra y artista simultáneamente. Su arte y su ministerio son parte integrante de su ser. A medida que Calista llega a la mitad de su formación teológica, sigue discerniendo dónde se necesitan exactamente sus dones en el mundo y hacia dónde la conducirá después el Espíritu Santo.

Mi llamada al diaconado es como una tetera silbante. Hirviendo y anhelando la formación y los recursos para hacer una excelente taza de té, o ser una diácona apasionada. Esta llamada hierve en mi interior; sentí el hervor inicial a los doce años. Durante una misa de vigilia de los sábados yo ejercía de “primer monaguillo”. Aquella noche estaba encantada de servir. Guíé a los monaguillos más jóvenes a través de la misa que había memorizado, y llevé con orgullo la cruz por el pasillo y el cáliz hasta el altar. Me estaba divirtiendo; me estaba enamorando de la misa. Aquella noche sentí lo mismo que cuando bailaba o hacía teatro. Trascendí. No lo entendía a los doce años, pero sabía en mi corazón que era un toque del cielo.

A medida que avanzaba en la misa me di cuenta de que quería más. No quería sentarme en el banco todos los domingos. Quería hacer *algo* durante la misa. Quería más liturgia. Quería más Iglesia. ¿Cómo podía conseguir *más*? Durante el prefacio y la plegaria eucarística, pensé en ser diaconisa. Se me ocurrió como un siguiente paso natural hacer más en la Iglesia.

Pero no puedo. Mientras el tiempo se detenía durante la consagración, me inundó toda una vida que nunca podría obtener. Me sentí desolada. Intenté no llorar mientras concedía paz a todos los que me rodeaban, y esa noche me fui a casa con algo antiguo, pero con una nueva sensación de pesadez en el corazón. Sin embargo, este hervor ha persistido.

Por mucho que lo intenté, no pude acabar con él. Se mantuvo firme durante mis estudios universitarios, época en la que mi llamada al ministerio se hizo evidente. Fui líder estudiantil en el Ministerio del Campus, trabajando en retiros y programas de desarrollo espiritual. Seguí sirviendo en misa y aprendí más cada domingo. Aprendí cómo debemos cuidar de nuestro prójimo y de nosotros mismos. Aprendí cómo la misericordia y el perdón de Dios son eternos, y fue la liturgia la que me informó de cómo debía vivir y moverme por el mundo. Al mismo tiempo, mientras mi corazón y mi alma meditaban sobre estas ideas, mi cerebro se ponía al día a través

de mi licenciatura en Estudios Católicos. La Doctrina Social de la Iglesia fue una piedra angular de las primeras etapas de mi educación teológica. Me encontré anhelando acompañar a las personas condenadas al ostracismo de la sociedad y/o de la Iglesia. Esto casi me parecía lo que más buscaba.

Sin embargo, intenté moderar el hervor de llamada. Solicité un máster en Divinidad en escuelas de posgrado e intenté entusiasmarme con mi futuro en el ministerio laico. Como estudiante de este máster en el Boston College, parece que mi fuego lento llegó a hervir. Durante mi primer año, trabajé como asistente graduada de liturgia, y fui acólita y lectora con frecuencia. Cuando acolitaba en misa, mi comunidad se fijaba en mí, y lo sigue haciendo a día de hoy. Mis colegas me describían como alguien con una “fuerte presencia litúrgica”. Me han dicho que parezco “muy feliz cuando sirves” y “muy natural en un alba”. Estos cumplidos me calientan el corazón y, a la vez, me lo parten. Creo que son ciertos, mientras sigo anhelando más. Probé un atisbo del *más* que he estado buscando cuando asistí a una clase de predicación el otoño pasado. Compuse y prediqué cuatro reflexiones, y al igual que aquel sábado en el que sentí por primera vez un hervor, trascendí más cerca de la persona que Dios me hizo ser. La predicación es la combinación perfecta de teología, liturgia y ministerio.

Ahora, a mitad del segundo año de mi máster en Divinity, mi llamada al diaconado está en plena ebullición. La tetera silba con fuerza, haciéndome señas para que la atienda en medio de mi formación teológica. Sin embargo, estoy encerrada en otra habitación, intentando desesperadamente amar donde estoy, pero sé que lo *más* que busco está al otro lado.

La trífeca del diaconado de liturgia, servicio y justicia social es el sorbo refrescante de mi vocación. Aunque sirvo en estas áreas como ministra laica, la gracia de la ordenación las solidificará en mi identidad, y legitimará cómo la liturgia informa mi servicio y mis esfuerzos de justicia social. Mi alma está sedienta de esta gracia. Cuando invoco al Espíritu Santo para que me guíe hacia donde ella quiere, vuelvo a la tetera silbante que llevo dentro. Si se me concede la gracia de la ordenación, saciaré la sed de mi alma por esta vocación.

II: Vuestros mayores soñarán sueños



Arte de Casey Murano



Svea Fraser terminó su máster en Divinidad en el Seminario Nacional Papa San Juan XXIII en 1989. Lleva 54 años casada y tiene dos hijas y seis nietos, todos ellos absolutamente integrados en su ministerio eclesial. Ha participado en muchos ministerios diferentes a lo largo de su trayectoria, como el reasentamiento de refugiados, la asistencia en estudios teológicos, el servicio como capellana en el Wellesley College y el servicio como miembro del personal de la Oficina de Culto en la archidiócesis católica de Melbourne, Australia. Es fundadora y fideicomisaria de Voice of the Faithful (un apostolado laico de la USCCB), coordinadora y catequista del RCIA parroquial, lectora, directora de retiros, organizadora de talleres y defensora en oración de la ordenación de mujeres diaconisas.

El misterio de la vocación

Cuando Saigón cayó, la guerra de Vietnam había terminado. Pero las horribles imágenes de mujeres y niños huyendo en botes agujereados me perseguían. Incapaz de dormir, me sentí obligada a hacer algo. Reuniendo a un grupo de amigos, formamos una organización para patrocinar el reasentamiento de refugiados en Wellesley (Massachusetts) y las comunidades vecinas.

Cuando se corrió la voz de nuestros esfuerzos, otras comunidades me invitaron a hablar. Cité Mateo 25 y recordé la placa de la Estatua de la Libertad: “Deme a sus cansados, a sus pobres, a sus masas apiñadas que anhelan respirar en libertad...”. Me conmovieron los rostros del público: con los ojos muy abiertos, llorosos y deseosos de actuar. En ese momento, sentí un profundo amor por ellos y pensé: “La gente es buena. Sólo quieren que alguien les diga lo que tienen que hacer”.

45 años después, marco esta experiencia como el nacimiento de mi llamada al ministerio diaconal.

Mi anhelo por el estudio de las Escrituras y mi hambre de Dios me impulsaron a solicitar un máster en Divinidad. En 1981 me matriculé en una escuela teológica protestante (Andover Newton Theological School en Newton, MA). Tres años más tarde me apunté a un curso de homilética. El examen final incluía el texto y la grabación de un sermón que debía pronunciar en mi propia iglesia. Reconociendo que no sería posible que yo (la católica de la clase) cumpliera ese requisito, se me dio la opción de predicar en un entorno protestante.

Cuando mi párroco, el padre John Philbin, se enteró, me llamó a la rectoría y me preguntó al respecto. Me respondió que predicaría en nuestra parroquia, “donde te conocen y te quieren”, dijo. Trabajó conmigo para crear un espacio en el que pudiera abrir la Palabra al pueblo de Dios.

Menciono esto porque me abrió otra puerta. Poco después, el P. John me invitó a volver a la rectoría. Me hizo partícipe de una invitación para asistir al Seminario Nacional Papa San Juan XXIII en Weston, Massachusetts, “para proporcionarle una base católica para su maestría en Divinidad”.

Me gradué con la promoción del Seminario Nacional PJXXIII de 1989. (Fui la segunda mujer que lo hizo. La Hna. Shirley Nugent, SCN, capellana de hospital, me llevaba dos años de ventaja). Recuerdo bien el día en que me hicieron la foto con mis compañeras de clase. Pero cuando abrí el Directorio Católico de Boston de ese año (una publicación anual de la archidiócesis con contactos y recursos para el clero y los religiosos), me sorprendió ver que no estaba incluida. Sin previo aviso, me habían “borrado”. Me sentí profundamente herida y decepcionada. La puerta de las mujeres se cerró de golpe tras de mí, y desde entonces no se ha admitido a ninguna mujer.

Sin desanimarme, continué con mi ministerio. Fui la primera mujer católica capellán del Wellesley College. Dos años más tarde me trasladé con mi familia a Australia. Sin pedirlo, el cardenal Law y el obispo Murphy de Boston escribieron una carta de presentación en mi nombre. Seis años más tarde, al partir de Australia para Singapur, el arzobispo Frank Little escribió una carta similar al obispo Yong Sooi Ngean en 1997.

A lo largo de mis muchos años de ministerio, he tenido la bendición de contar con el apoyo de sacerdotes y obispos que me abrieron ventanas para vivir el espíritu de mi vocación cuando la puerta a la ordenación como mujer diácono estaba cerrada. Sin embargo, conozco a muchas mujeres tan dotadas y llamadas como yo que no han tenido tanta suerte. Sin una autorización formal como diáconos, se han enfrentado a innumerables limitaciones para vivir su vocación. Sin un camino formal para discernir esta vocación, las mujeres tenemos que confiar en la buena voluntad y el ingenio de las autoridades eclesásticas individuales en nuestras vidas, normalmente obispos y sacerdotes, para que nos crean cuando expresamos una llamada y trabajen con nosotras para encontrar caminos para cumplirla.

Ahora que se me considera demasiado mayor para ser candidata al diaconado, mi rol ha pasado a ser el de mentora, aunque continúe mi ministerio en mi parroquia colaborando como lectora y coordinadora/catequista de RCIA. Comparto mi historia y ofrezco mis oraciones como grito de movilización para que las mujeres más jóvenes perseveren. Crece el número de mujeres que desearían discernir una llamada al diaconado ordenado si la Iglesia se lo permitiera. Rezo para que la Iglesia considere si ésta es la obra del Espíritu Santo.



Svea Fraser fue fotografiada con su clase de graduación en el Seminario Nacional Papa San Juan XXIII de Weston, Massachusetts, en 1989.

Anne Gibbons obtuvo su máster en Divinidad en la Unión Teológica Católica de Chicago. Durante 34 años estuvo

involucrada en ministerios centrados principalmente en la pastoral universitaria y la capellanía en la educación superior. Sirvió a la Comunidad Newman en una gran universidad estatal durante cuatro años y después pasó 30 años ejerciendo su ministerio en una pequeña universidad privada de artes liberales. Sus funciones y responsabilidades en esas instituciones incluían la atención pastoral, la dirección del culto y la liturgia, el asesoramiento, la coordinación de los servicios comunitarios y la programación de la justicia social. Desde que se jubiló, Anne es directora espiritual certificada y participa en el ministerio litúrgico y de justicia social de su parroquia local.

Muchos de mis primeros y más cálidos recuerdos de la infancia tienen su origen en mi educación católica. Mi madre era a la vez voluntaria y empleada remunerada de nuestra parroquia, por lo que la iglesia y la rectoría eran prácticamente un segundo hogar para mí. Aunque vivíamos en un pueblo muy pequeño con una sola parroquia católica, tuvimos la suerte durante mis años de escuela primaria de contar con monjas franciscanas que nos educaban. Estas religiosas eran testigos de vidas de oración, servicio y justicia social, y su ejemplo me influyó enormemente. Recuerdo con cariño haber sido seleccionada para coronar a la Virgen cuando cursaba sexto grado y el honor que supuso. Amar a Jesús a través de su Iglesia era algo natural para mí.

Participé activamente en el grupo de jóvenes y en otros programas de la iglesia cuando era adolescente. Entre mi graduación y la universidad fui estudiante de intercambio en Brasil. Viví con diferentes familias durante todo un año y experimenté muchos retos personales y culturales. La mayor fuente de apoyo y consuelo para mí durante esta época de mi vida fue asistir a misa. Aunque rara vez entendía todo lo que se decía, especialmente las homilías, el consuelo de la liturgia me sostenía.

En la universidad, trabajé para el capellán protestante del campus. Era el ministro más compasivo y atento que había conocido. Al crecer, me habían enseñado que el celibato liberaba a los sacerdotes y monjas para estar más plenamente presentes y disponibles para los fieles. Sin embargo, al trabajar con este ministro, él mismo marido y padre, descubrí que su familia era una ventaja para su ministerio y no un obstáculo o una distracción. El capellán de mi universidad reconoció mis dotes para el ministerio y me recomendó para una beca completa en el seminario. Posteriormente asistí a la Unión Teológica Católica de Chicago y obtuve mi Master en Divinity.

Trabajé como capellán de hospital y pude ofrecer atención pastoral a una gran variedad de pacientes y sus familias. Mi sentido de la llamada a este trabajo se vio confirmado por el aprecio y la afirmación que recibí. Durante unos 15 años trabajé para la diócesis católica de Richmond como ministro universitario. El obispo Walter Sullivan me animó y apoyó en mi vocación, y me dio a mí y a otros laicos su bendición para ejercer un gran liderazgo tanto litúrgico como pastoral. Compartí reflexiones mensualmente durante la liturgia y recibí muchas respuestas positivas de los estudiantes, así como de adultos mayores que estaban hambrientos de la perspectiva de tener a una mujer a la hora de abrir la Palabra.

Con el tiempo, la universidad en la que trabajaba me contrató para ser capellana, ministrando a todos y cada uno de los que estaban asociados con la institución. En calidad capellana, no sólo prediqué y ofrecí atención pastoral, sino que también oficié bodas, funerales y bautizos como ministra ecuménica. ¡Qué bendición agri dulce haber tenido la oportunidad de utilizar los dones que Dios me dio en la comunidad ecuménica e interreligiosa más amplia, pero oportunidad que se me negó en mi propia familia de fe!

Desde que me retiré del ministerio activo, he seguido sirviendo de forma diaconal a través de la participación parroquial litúrgica como lectora y en diversos esfuerzos por la paz y la justicia. Tras un programa de formación de dos años, soy directora espiritual certificada y me reúno regularmente tanto con individuos como con grupos para un acompañamiento y apoyo espiritual continuos.

Me aflijo no sólo por mí, sino por las innumerables mujeres jóvenes, incluida mi hija, que han abandonado la Iglesia porque no ven un lugar para ellas en esta familia de fe. Sigo rezando por un diaconado renovado e inclusivo.



Mary Caroline Jonah, M.Div., ha entregado su vida al ministerio en la Iglesia cristiana. Convertida adulta a la fe, fue acogida como miembro de la Iglesia Metodista Unida de la Trinidad, y más tarde experimentó la llamada al ministerio ordenado. Se graduó en el Seminario Teológico Unido en 1975, y sirvió como Anciana Metodista hasta 1983, tiempo durante el cual siguió una llamada para ser

recibida en la Iglesia Católica. Pasó a servir como Asociada Pastoral en múltiples parroquias de la Archidiócesis de Detroit hasta su jubilación del ministerio activo en 2017. Mary Caroline posee un Certificado en Espiritualidad Ignaciana, con especialización en Dirección Espiritual. Ha dirigido retiros y ofrecido dirección espiritual durante más de dos décadas. Está casada con su marido David Jonás desde 1958. Tienen tres hijos y son abuelos de sus cuatro nietas.

Soy una mujer casada, jubilada y convertida al catolicismo. Fui ordenada diácona el 6 de junio de 1973 y 'anciana' el 2 de junio de 1976 en la Iglesia Metodista Unida. La Junta del Ministerio afirmó mi llamamiento y el obispo me ordenó con el apoyo de mi iglesia de origen.

Todavía sigo 'ordenada': "Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables" (Romanos 11,29). La gente me llama "hermana". Es el único término que tenemos para una mujer 'apartada'. Algunos todavía me llaman hermana, aunque saben que estoy casada.

La ordenación consiste en ser llamada, afirmada y apartada para el ministerio sacramental. Tiene que ver con el servicio a los pobres, a los ignorados, a los refugiados, a las minorías, a las mujeres, a los encarcelados, a los homosexuales. Cuando me ordenaron diaconisa, sentí como si saliera del armario: "¡Oh! ¡Esto es lo que realmente soy, y nunca lo había sabido!".

Ahora soy demasiado mayor para el ministerio activo. Comparto mi historia para apoyar a las mujeres católicas llamadas al ministerio ordenado como diáconas, que viven con el dolor de no poder cumplir su llamada.

Siempre he estado implicada en el movimiento por los derechos civiles. Formo parte de la amorfa Comunidad por la Paz de Detroit. Como metodista, presidí la Comisión sobre la Condición y el Papel de la Mujer en la Conferencia Anual de Detroit. Trabajé para mantener la unidad entre las mujeres y la gente de color, y para avanzar en la igualdad de la mujer en la Iglesia y en el mundo.

Nunca esperé convertirme en católica; esperaba vivir mi vida activa pastoreando pequeñas iglesias, principalmente afroamericanas, en el área de Detroit. Pero Dios tenía otros planes para mí.

Fue la Eucaristía lo que me atrajo. Desde mi adolescencia supe que había algo en la Eucaristía. Era importante, me atraía, la necesitaba, crecí hasta desearla, hasta quererle a Él, a diario.

En 1980, empecé a ver al P. Edward Farrell, que se convirtió en mi director espiritual hasta que falleció. En la Epifanía de 1981, experimenté a Dios diciéndome que iba a hacer lo que Él quería, y supe que me estaba diciendo que me hiciera católica. Pasé meses luchando con esto. Entonces me di cuenta de que Dios estaba diciendo que mi conversión al catolicismo era parte de cómo Él estaba preparando a la Iglesia para ordenar mujeres. El 10 de julio de 1983, me hice católica en la parroquia de Santa Inés de Detroit, Michigan.

Casi inmediatamente me contrataron como asociada pastoral. Trabajé en el ministerio pastoral, normalmente en pequeñas parroquias afroamericanas, hasta que me jubilé. Hice formación sacramental, dirigí servicios de comunión, velatorios y entierros, y realicé visitas a hospitales. Formé ministros para el servicio en misa, trabajé con los feligreses en la decoración de la iglesia y en el ministerio de la música. Fui director espiritual y director de retiros. Participé activamente en el vicariato, tanto en la preparación de la confirmación como en la facilitación de las reuniones del vicariato.

He seguido sirviendo en misa o cantando. Ofrezco reflexiones espirituales mensuales a un círculo de mujeres relacionadas con Discerning Deacons. Y presido el consejo de residentes de la comunidad de jubilados donde vivimos.

Lo que yo he hecho, lo hacen miles de mujeres, y más. Lo hacen sin la gracia de la ordenación. Esto priva a las mujeres de las protecciones que se conceden a los diáconos varones y de las relaciones con sus obispos. Y lo que es más importante, roba a aquellos a los que sirven las bendiciones que Dios quiere para ellos – bendiciones dadas rutinaria y válidamente por diáconos. También roba a sus parroquias su testimonio de la llamada de Dios a otras mujeres para servir como diáconas. Lo que, a su vez, roba a la Iglesia ministros muy necesarios. Les insto a que hagan todo lo posible por devolver el orden de los diáconos a las mujeres.



Mary Caroline Jonah con un grupo de estudiantes de educación religiosa, en 2012



Rosella Kinoshameg pertenece al pueblo Odawa/Ojibway y vive en la reserva Wiikwemkoong Unceded, en la isla de Manitoulin, Ontario, Canadá. En 2000 fue comisionada por su obispo como miembro de la Orden Diocesana de Servicio, conocida como DOS. Tiene reconocimiento eclesial como líder en su comunidad católica indígena, presidiendo servicios de comunión, dirigiendo oraciones en funerales y velatorios y atendiendo a enfermos y moribundos. De niña, Rosella asistió a un internado católico y ahora, como anciana, preside la junta del Fondo de Reconciliación Indígena. El

fondo, que es el Compromiso Católico Canadiense para la Sanación y la Reconciliación de los Pueblos Indígenas, ha recaudado más de 17 millones de dólares aprobando 194 proyectos hasta la fecha para abordar el trauma histórico de los pueblos indígenas y para inculturar mejor las tradiciones indígenas.

Cuando fui a un internado a los ocho años, sólo hablaba mi lengua materna. Cuando llegué allí, no podía hablar la lengua de los demás. Y no me permitieron hablar mi lengua. Estuve en silencio durante todo un año, hasta que aprendí algunas palabras en inglés.

Cuando fui a la escuela de enfermería nunca quise hablar delante de la gente - en ningún idioma. No fue hasta que me convertí en enfermera de salud comunitaria y tuve que enseñar a la gente - que tuve que hablar. Mi servicio a la comunidad me ayudó a hablar mi lengua y a encontrar mi voz de nuevo, fueron los ancianos los que me ayudaron.

Durante 53 años trabajé como enfermera, sirviendo a las comunidades de mis Primeras Naciones. Estoy familiarizada con los traumas sufridos por el pueblo a causa de la colonización, la discriminación, el racismo, la pérdida de la cultura, la lengua y la tierra. Nos decían que nuestras costumbres eran malas, pero mi padre me había mostrado cómo nuestra fe católica y nuestras enseñanzas tradicionales podían unirse para ayudarnos a saber que somos amados por nuestro Creador. Así que incorporé nuestras enseñanzas nativas junto con mi formación formal como enfermera.

Hemos estado caminando sinodalmente en nuestras propias formas tradicionales; me alegra ver que nuestra iglesia abraza ahora esta forma de círculos. En la tradición anishinaabe, los círculos ayudan a aprender el respeto, la interdependencia, el apoyo, a aprender unos de otros, a compartir y a escuchar activamente con nuestros ojos, nuestros oídos y nuestro corazón. Nos movemos en el sentido de las agujas del reloj, sin cruzarnos ni hacer preguntas. He ayudado a los jesuitas cuando han realizado su proceso de discernimiento. Me pidieron que compartiera con ellos cómo hacer círculos para compartir.

Cam Loop es el nombre de un lugar de la Columbia Británica donde hubo un internado para niños de las Primeras Naciones de Canadá, y hace poco encontraron tumbas sin nombre de niños que habían muerto y que nunca volvieron a casa. Cuando nos enteramos de la noticia, la gente estaba muy disgustada y enfadada. Mucha gente dejó la Iglesia, muchos se volvieron sólo a sus costumbres tradicionales, y muchos otros a los que visité dijeron: "No voy a volver a la Iglesia".

He dirigido círculos de sanación y me he reunido con la gente allí donde se encuentran en esta rabia y dolor. Es parte de la razón por la que estoy comprometida con el trabajo de crear un Fondo de Reconciliación Indígena. Hemos recaudado 17,5 millones de dólares en dos años y medio (nuestro objetivo es recaudar 30 millones de dólares). Hemos financiado 194 proyectos de sanación y reconciliación. Hago esto como representante de la Iglesia porque formo parte de la Orden Diocesana de Servicio.

Para mí es importante tener presente mi mandato DOS, servir al Pueblo de Dios en el Sector Nativo, Diócesis de Sault Ste. Marie, desempeñar los ministerios de acólito y lector, y ayudar en otros ministerios necesarios para la vida de la comunidad eclesial. Declaración de la misión de nuestra parroquia: "Nosotros, la comunidad de la Parroquia de la Santa Cruz, guiados por la espiritualidad de San Ignacio de Loyola, con la fuerza de nuestra lengua y cultura anishinabe, damos vida al Evangelio de Jesucristo", y también la Misión del Centro Espiritual Anishinabe, "suscitar líderes indígenas en una Iglesia Católica Indígena plenamente viva".

La Orden Diocesana de Servicio se remonta a la visión de 1975 del obispo Alexander Carter. Asistió al Concilio Vaticano II y, cuando regresó a nuestra diócesis de Sault Ste. Marie, estaba dispuesto a poner en práctica la visión. También creó el Centro Espiritual Anishinabe, "para animar a los nativos a redescubrir sus raíces y a valorar su propia cultura y las bellezas de algunas de sus ceremonias y tradiciones primitivas".

El Sínodo intenta de nuevo avanzar en la visión del Concilio Vaticano, lo que es importante, porque aún queda mucho trabajo de sanación y reconciliación por hacer. En la cultura indígena, las mujeres siempre han sido muy importantes. Son las que dan la vida y son las madres, y son la columna vertebral de la iglesia y de la vida parroquial. Mi esperanza en el Sínodo es que la Iglesia escuche y reconozca a las mujeres y su papel en la iglesia. Mujeres como yo que sirven como sanadoras, como constructoras de puentes y como diáconas.

Todos somos dones del Creador. Todos somos hijos de Dios. Todos somos iguales - nadie por detrás, nadie por delante - o uno más grande que el otro. Estoy llamada y comisionada para ayudar en el trabajo necesario para la vida de la comunidad de la iglesia. Rezo, y confío, y sé que Dios escucha mi oración; mi padre siempre hablaba del poder de la oración. He visto ese poder, he visto oraciones respondidas. Trataré de informarme para que mi gente pueda entender mejor el Sínodo y la sinodalidad.



Mary Lamski, CSJ, es Hermana profesa de San José desde hace 65 años. Ha dirigido toda su persona y su vida al cumplimiento de la misión de Jesús, llevando a todas las personas a la libertad y a la unidad en Dios. Sus votos públicos de castidad, obediencia y pobreza le han ofrecido una vida de sencillez, amor inclusivo y escucha atenta en y entre sus comunidades de Hermanas, Asociadas, familia, amigos, vecinos y la tierra. Además, la Hna. Mary ha servido durante décadas como ministra eclesial laica profesional. Actualmente es directora espiritual en St. Paul, Minnesota. La Hna. Mary lleva más de 40 años ofreciendo dirección espiritual y retiros a personas de una gran variedad de edades y procedencias en

Minnesota, Wisconsin, Dakota del Norte y California. Es licenciada en educación, teología y ministerio. Ha servido en ministerios hospitalarios, parroquiales, universitarios y diocesanos.

Era el 26 de mayo de 1949 y había llegado el momento de que los alumnos de tercer curso recibiéramos la Primera Comunión. Dos niños y dos niñas vestidos de blanco, subimos al último escalón del altar de nuestra iglesia parroquial. Recibimos a Jesús en la Sagrada Comunión de manos de nuestro párroco. Mientras rezaba aquella mañana sentí con fuerza que estaba llamada a servir a Jesús con todo mi ser.

Ingresé en el convento de las Hermanas de San José en St. Paul, Minnesota, después del instituto, y me convertí en maestra de primaria. Fue durante el Concilio Vaticano II. Los sacerdotes empezaron a pedirnos a las Hermanas que les ayudáramos en sus ministerios: dirigiendo los servicios bíblicos, ayudando a los padres a prepararse para los sacramentos, aconsejando y asistiendo a los feligreses en múltiples situaciones de necesidad. Era un trabajo de diáconos.

Abrumada tanto por la enseñanza como por la pastoral, me animaron a formarme en pastoral. El único lugar que acogía a mujeres para ello era un hospital luterano de Minneapolis, Minnesota. Dos de nosotras, hermanas, y dos mujeres seminaristas nos incorporamos al programa de Educación Pastoral Clínica, y también nos enseñaron a presidir y predicar en los servicios de capilla del hospital. Me llamaban capellán Lamski.

Mientras estaba de servicio en el hospital, recibí una llamada inesperada del obispo Raymond Lucker, que pidió verme. Me pidió que fuera a ayudarlo en su parroquia como directora de educación religiosa y en el nuevo papel de "agente de pastoral parroquial". Acepté. Además de preparar a educadores religiosos voluntarios, me pidieron que fuera lectora, ministra de la eucaristía ¡y que predicara los domingos periódicamente! Eso era inaudito para las mujeres a principios de los años setenta. Era el trabajo de un diácono.

Pero un par de años más tarde recibí una llamada de otro párroco pidiéndome que fuera "asistente pastoral" a tiempo completo, con responsabilidades tanto en los ministerios litúrgicos como pastorales allí. No me di cuenta de que estaba haciendo la descripción del trabajo de un diácono, hasta que comenzó el programa de diaconado en nuestra archidiócesis. Solicité entrar en el diaconado en 1974, cuando se estaba preparando el programa para la archidiócesis de San Pablo y Minneapolis. Me dijeron que empezarían con los hombres y luego llegarían a las mujeres. Me pidieron que fuera "supervisora del diaconado" de uno de los dos candidatos a diácono de nuestra parroquia. Cuando los hombres fueron ordenados diáconos, me dijeron que ya no me necesitaban, porque ahora los diáconos podían hacer lo que yo hacía, ¡y también podían bautizar y celebrar bodas y funerales! Me quedé destrozada.

Para mi sorpresa, unas semanas más tarde, el obispo George Hammes, de la diócesis de Wisconsin Superior, me llamó, me pidió una entrevista y me contrató para ser directora de la pastoral universitaria y administradora pastoral de la iglesia universitaria de la Universidad de Wisconsin, en River Falls. Acepté. El obispo celebró una ceremonia de instalación para mí. Me pidió que llevara alba y cruz, que predicara homilías a menudo y que presidiera y predicara semanalmente los miércoles. Me dio un ritual de servicio de la Palabra y la Comunión para que lo utilizara, lo que hice durante los años siguientes. Los sacerdotes de la parroquia me apoyaron mucho. Era el trabajo de un diácono. Pero cada vez me resultaba más doloroso ser "casi, pero no del todo diácono".

Me fui seis meses sabáticos a Jerusalén para decidir si seguía siendo católica o no. El clero ecuménico de la ciudad me había estado instando a unirme a sus denominaciones luterana, presbiteriana o metodista, diciendo que me ordenarían inmediatamente. Era tentador. Pero tras

seis meses de discernimiento, estaba claro que necesitaba seguir siendo Hermana de San José y permanecer fiel a la Iglesia Católica Romana a la que había entregado mi vida. Las líderes de mi comunidad me animaron a que, a mi regreso a St. Paul, Minnesota, asistiera al Seminario de St. Paul, obtuviera un máster en Divinidad y luego el título de Doctora en Ministerio. Entonces estaría preparada para la ordenación, si llegara a ser posible.

Mientras tanto, he sido supervisora parroquial del diaconado. Di el retiro de apertura para el programa de formación de diáconos, el Instituto para la Vida Cristiana y el Ministerio, y enseñé Escritura y Cristología en el programa de diaconado celebrado en el seminario. Un día, al final de mi clase, un candidato al diaconado se me acercó y me dijo: "¿Puede que usted sea nuestro profesor, pero yo puedo ser ordenado y usted no!" - y se marchó triunfante.

La ordenación para mí y para todas las mujeres, verificaría y certificaría las vocaciones femeninas al diaconado. Marcaría la diferencia para que las mujeres de todo el mundo que tienen una llamada a la vocación diaconal se vieran respaldadas por la llamada ritual del Espíritu Santo sobre ellas para su ministerio. También abriría las puertas a varios ministerios en los que se requiere la ordenación (por ejemplo, el ministerio en prisiones). Mi duda respecto a la ordenación de mujeres como diáconas es la reacción y/o el resentimiento tanto de ministros ordenados como de ministros laicos varones que ven la ordenación como una promoción en lugar de una verificación y certificación del ministerio en la Iglesia. No quiero formar parte de la promoción del clericalismo, pero sí quiero que los dones de las mujeres sean recibidos plenamente en los ministerios que nuestra tradición ha considerado oportuno ordenar y autorizar. Durante 50 años he albergado la esperanza de ser ordenada diácona. Aún albergo la esperanza de que pueda ocurrir en un futuro próximo, ya que tengo un ministerio que desempeñar. Me gustaría continuar con los ministerios litúrgicos diaconales, la predicación y la atención pastoral/dirección espiritual mientras aún quede aliento en mí.

Foto: La Hna. Mary dirigiendo una sesión de formación para candidatos a diáconos y ministros laicos en el Instituto para la Vida Cristiana y el Ministerio en 1998.



Jane Leyden Cavanaugh es una católica de toda la vida, dedicada a la Iglesia católica. Tiene un máster en Teología, un certificado en Dirección Espiritual y una carrera profesional de 12 años en el teatro. A través de su empresa, ChurchBeat, Jane ofrece retiros animados e interactivos con humor y corazón para parroquias católicas que desean construir comunidad y profundizar en su relación con Dios y entre sí. Está casada y vive con su marido y su hija en Minnesota. Son miembros activos de la parroquia de Santa Juana de Arco.



Hay una mujer diácona dentro de mí - alguien con pasión por servir a la Iglesia a través de "la Liturgia, la Palabra y la Caridad". Al crecer, mi casa estaba llena de imágenes católicas: estatuas de la Virgen, placas de santos y crucifijos.

La misa dominical era una obligación. A menudo veía a toda mi familia en el altar. Mi padre el cantor, mi madre la lectora, mis hermanos los monaguillos. Pero no había sitio para mí. Así que "jugaba" a la misa en nuestro sótano, organizando a todos los niños del barrio.

En la escuela primaria católica, mis libros favoritos eran *Las vidas de los santos*. Los momentos culminantes del instituto fueron los retiros de Encuentro de adolescentes con Cristo. La universidad en Notre Dame incluía misas los domingos por la noche en el sótano de la residencia que me desafiaban a convertirme en lo que recibía: la presencia de Jesús en el mundo.

Después de graduarme, fui voluntaria misionera en Venezuela. Viví con una hermana franciscana cuya práctica diaria de la oración me impactó enormemente. Nos reuníamos en pequeñas comunidades cristianas y fuimos testigos de cómo mujeres líderes laicas proclamaban poderosamente las Escrituras.

De vuelta a casa, una universidad católica me contrató para coordinar y dirigir experiencias de culto en el sótano de una residencia de mujeres. Como aquella niña de 10 años en el sótano de su casa, organicé con entusiasmo muchas misas y dirigí Liturgias de la Palabra.

Un desvío me llevó a actuar profesionalmente como comediante durante 12 años en Minneapolis, Chicago y Los Ángeles. En Los Ángeles, Dios me condujo hasta un ministro metodista que me invitó a unirme a otros 44 actores cristianos y formar los "*Liturgically Incorrect Players*". Realizábamos interpretaciones de las Escrituras en un servicio de culto para jóvenes en el sótano de la iglesia.

Pero la vida de actor en Hollywood perdió su brillo. Volví a casa y obtuve un máster en Teología y un certificado en Dirección Espiritual. Me casé con un ministro de juventud y criamos a nuestra hija en la fe católica. Nuestra parroquia recurría a menudo a mis dones como lectora, ministro de la Eucaristía y oradora.

Entonces, tres colegas con dones similares a los míos abandonaron la Iglesia católica para ordenarse en otras confesiones. ¿Les sigo y abandono la institución que amo? Al igual que ellos, sentí la llamada a dirigir el culto, predicar la Palabra y administrar los sacramentos al Pueblo de Dios, hambriento de la Buena Nueva de Jesús. ¿Por qué iba Dios a llamarme a un puesto que yo no podía ocupar? Con mucha oración y buenos consejos de mi director espiritual, la respuesta fue no. No podía dejar la Iglesia. Es mi familia.

Así que empecé a dar unos retiros: *ChurchBeat*. Dirijo retiros interactivos basados en la Biblia para parroquias católicas. En respuesta a la llamada del Papa a pasar de ser "una cultura de la indiferencia a una cultura del encuentro", mi retiro más reciente es un retiro bilingüe de

Encuentro diseñado para crear comunidad entre feligreses de habla inglesa e hispana, destacando los dones que aporta cada comunidad. Los retiros se celebran a menudo en los sótanos de las iglesias, un espacio que conozco bien.

Dios sabía que necesitaba apoyo, así que me condujo a Discerning Deacons, ¡que me ayudaron a reconocer que había estado haciendo trabajo diaconal toda mi vida! Discerning Deacons me pidió que coordinara a 54 peregrinos para ir a Roma durante la Asamblea del Sínodo de octubre de 2024 para ser una voz a favor de la expansión de los roles de liderazgo de las mujeres, incluyendo la restauración de las mujeres al diaconado.

Me siento llamada a ayudar a nuestra Iglesia a crear odres nuevos para el vino nuevo de nuestros días. ¿Podría nuestra Iglesia asignar los papeles en función de los dones y los carismas, y no del género? Creo que este cambio aportará nueva vida a nuestra querida Iglesia. Hasta que la Iglesia invite a las mujeres a discernir una llamada al diaconado, continuaré con mi "ministerio del sótano".



Rose Lue es una líder laica en la Diócesis de San José, California. Es miembro del comité diocesano de la Campaña Católica para el Desarrollo Humano, líder de Silicon Valley Allied for the Common Good, afiliada a la IAF, y dirige el ministerio de salud mental de su parroquia, San Simón, de la que es miembro desde hace mucho tiempo. Rose también es directora espiritual cualificada, forma parte de muchas juntas directivas, es esposa y madre de tres hijos y tiene un máster en Ministerios Pastorales por la Universidad de Santa Clara. También es inmigrante de Filipinas, ya que se trasladó aquí a los 13 años.

Me llamo Rose Lue y me considero una diácona no ordenada, un heraldo no reconocido e invisible del Evangelio. Me gustaría compartir con ustedes cómo me siento al respecto, pero

antes, permítanme que les hable de mí. Me sentí llamada de joven a servir a Dios y al pueblo de Dios. Por supuesto, entré en la vida religiosa ya que eso es lo que haces cuando sientes que tienes una llamada. (Eso es lo que se me presentó como una mujer con vocación.) Lo dejé al cabo de 18 meses, pues discerní que no era para mí. Entonces busqué el matrimonio, y Dios me regaló un marido cariñoso y 3 hijos.

Continué sirviendo a la Iglesia como voluntaria en muchas capacidades, y la llamada a servir aún más nunca se fue. Por suerte, gracias a Dios, nuestra diócesis tenía un programa de formación para laicos al que me invitaron a asistir. Era un programa de 3 años llamado Instituto para el Liderazgo y el Ministerio. Después de aprender más sobre las escrituras, los sacramentos y la teología, me sentí más preparada y tuve más confianza para ejercer el ministerio.

Continué sirviendo hasta que sentí que estaba chocando con el "techo de cristal". Pensé que un puesto de personal me ayudaría, pero los puestos disponibles son, en mi opinión, estrechos y aislados. Quería que se me viera por los dones que había recibido de Dios y tener la oportunidad de ofrecerlos y trabajar de forma colectiva y colaborativa. Quería formar parte del equipo.

Entonces solicité el programa de Líder Laico Avanzado. Así es como llaman al programa de formación para las mujeres que no pueden ser candidatas al diaconado y para los hombres que o bien optaron por no ser diáconos o no fueron aceptados en el programa de diaconado. Estuvimos en formación junto con los candidatos al diaconado durante cuatro años.

Terminar la formación fue la experiencia más dolorosa de mi vida como persona que se ha sentido llamada a formar parte del equipo que sirve al Pueblo de Dios. Los hombres que estaban a punto de convertirse en diáconos permanentes, y sus esposas, fueron invitados a cenar a la residencia del obispo. También aparecieron en el periódico diocesano local. Y todo culminó con su ordenación, en la que se les anunció que habían sido declarados dignos, y se invitó a toda la iglesia -a todos los ángeles y santos- a rezar por ellos. También escucharon estas palabras *"Recibid el Evangelio de Cristo, en cuyo heraldo os habéis convertido. Creed lo que leéis, enseñad lo que creéis y practicad lo que enseñáis"*.

En algún momento de la liturgia, dejé de hacer fotos y de ser espectadora y me uní a ellos en espíritu. Desde mi banco, imaginé estar con ellos en cada paso del camino. Me imaginé postrándome en el suelo mientras se cantaba la letanía de los santos. Imaginé al obispo imponiendo sus manos sobre mi cabeza, imaginé recibir el Libro de los Evangelios y deposité en mi corazón la promesa de ser su heraldo. Se me saltaron las lágrimas porque estaba haciendo esto desde un banco de la iglesia y todo en mi imaginación. Sin embargo, sentí que era real. A partir de entonces, me convertí en un "agente secreto".

Me duele no ser reconocida y ser invisible. Es como si jugara al mismo juego de deportes y trabajara por el mismo objetivo, pero no me dieran una camiseta y no apareciera en ninguna lista. Me duele no sólo personalmente, sino que siento que se hace daño a toda la Iglesia.

Crecer y no ver a mujeres y hombres trabajando juntos, en asociación y con corresponsabilidad para co-crear el mundo que Dios querría parece disonante con el deseo de Dios.

Sé que el Espíritu Santo sigue llamando a ministros para que sirvan al pueblo de Dios. ¿Estamos, como Iglesia, actuando de acuerdo con Dios o nos estamos convirtiendo en un obstáculo y un estorbo? ¿No estamos haciendo daño a la Iglesia cuando limitamos a quienes consideran dignos, como heraldos del Evangelio, de servir a nuestra Iglesia, al Pueblo de Dios?

En mi trabajo como organizadora comunitaria, ministra de salud mental y líder comunitaria, si me ordenaran, la gente me vería como representante de la Iglesia católica y, por tanto, vería a la Iglesia visiblemente solidaria con los pobres, los oprimidos y los marginados.

Quiero que la gente vea que ¡Dios está vivo! ¡Dios sí se preocupa! ¡Dios sí sigue actuando en el mundo!



Gladys Whitehouse, OFS es directora espiritual, ha dirigido talleres y retiros y continúa activa en el ministerio tras jubilarse de su trabajo en la Comunidad Católica de San Francisco de Asís en Raleigh, Carolina del Norte. Ella y su marido tienen 9 hijos y esperan su duodécimo nieto.

Aunque la edad me haría inelegible para ser ordenada diaconisa, no dudo ni por un segundo que he sido llamada a este ministerio de la Palabra, la liturgia y la caridad. Fui criada en un contexto católico y tuve la suerte de recibir mi educación de unas mujeres maravillosas y llenas de fe desde la escuela primaria hasta la universidad. Fui bendecida al casarme con un hombre maravilloso que reconoció mi deseo de crecer en mi fe y servir a la Iglesia. Se bautizó y abrazó la fe católica una semana antes de nuestro matrimonio. En el transcurso de la crianza de nuestros nueve hijos, incluido uno adoptado del extranjero, mi marido y yo nos implicamos en la preparación al matrimonio y al bautismo, dimos retiros para parejas y ofrecimos talleres de enriquecimiento matrimonial. Fuimos lectores juntos en misa y servimos a nuestra parroquia en proyectos centrados en la paz y la justicia. Al haber crecido en un hogar bilingüe, pude ayudar a los trabajadores inmigrantes en sus visitas al médico y llevar la Santa Comunión a los enfermos y confinados en casa.

Tras servir 20 años en el ejército estadounidense, mi marido decidió jubilarse. Rezamos para discernir qué era lo que Dios nos llamaba a hacer. Investigamos puestos en la Iglesia y cómo ampliar nuestra educación. Recuerdo haber rezado temprano una mañana. La Escritura de ese día era del Génesis, Dios prometiendo a Abraham y Sara un hijo en su vejez. Al igual que Sara, yo empezaba a dudar. La posibilidad de hacer algo más que el ministerio laico estaba fuera de nuestro alcance financieramente. En ese momento teníamos ocho hijos, el mayor en la universidad. Sin embargo, oí una voz que me decía que algún día se me daría la oportunidad que tanto deseaba. Me aferré a esa promesa y simplemente busqué oportunidades en las que pudiera seguir creciendo en mi fe y en mi relación con Cristo. Varios años después, recuerdo haber asistido a lo que esperaba que fuera una misa entre semana. Para mi sorpresa, en lugar de presidir nuestro párroco, nuestra asociada pastoral, una mujer laica, estaba dirigiendo un servicio de comunión. Asombrada, le pregunté a Dios si yo también sería capaz de hacerlo. Y de nuevo, oí un "sí, algún día".

La carrera militar y laboral de mi marido implicó muchas mudanzas. En 2000, nos trasladamos a Raleigh, Carolina del Norte, donde había un puesto vacante en nuestra parroquia, San Francisco de Asís, en la Oficina de Formación en la Fe como asistente administrativa. Aunque sabía que ese no era mi fuerte, sentí la llamada a aceptar el puesto. Mi marido se unió a mí, dos años después, para trabajar también en el personal de nuestra parroquia. Pronto se me abrió la puerta para convertirme en Coordinadora del Ministerio de Vida Familiar y, finalmente, en Coordinadora de Evangelización. Mi deseo era seguir formándome con un título superior en Divinidad. Sin embargo, llevar a 8 hijos a la universidad y ser madre de nuestro hijo menor, que tiene síndrome de Down, me lo impidieron. No obstante, me convertí en directora espiritual y pude aprender técnicas de predicación a través de los Dominicos. He tenido el privilegio de dirigir servicios de Comunión durante los últimos 20 años. En 2020, profesé como franciscana seglar y ahora soy directora de formación de nuestra fraternidad.

Me ha apenado no poder ser ordenado mujer diácono y servir en esa capacidad. He visto oportunidades que no se me abrieron en las que podría haber compartido mis dones más plenamente. Cuando dirijo un servicio de comunión y abro la Palabra, me siento humilde porque el Espíritu Santo me da todo lo que necesito para inspirar a los demás y animarles en

su camino de fe. La respuesta de la comunidad ha sido siempre abrumadoramente afirmativa. Sirvo como ministra de Emaús, ayudando a las familias en duelo a planificar el funeral de un ser querido fallecido, pero no se me permite servir en un velatorio ni presidir su funeral como diácona. He ayudado a preparar a parejas para el matrimonio y a familias para el bautizo de su hijo. Sin embargo, no se me permite bautizar ni ser testigo de un matrimonio. Por muy importante que sea el ministerio laico para la Iglesia, sé que lo que Dios implantó en mi corazón era una llamada más profunda. No obstante, incluso estando jubilada, en nuestra parroquia se han referido a mí como la "diácona Gladys".

A medida que me acerco a mi 82 cumpleaños este año, me doy cuenta de que nunca seré ordenada en esta vida. Sin embargo, sigo siendo fiel a la llamada. Discerning Deacons me ha inspirado a perseverar, viviendo con la esperanza de que las mujeres más jóvenes reciban algún día la gracia de la ordenación para servir como están siendo llamadas a hacerlo. Mi oración matutina incluye un paseo por unos hermosos senderos cercanos a nuestra casa. Mientras estoy rodeada de toda la creación de Dios, mi corazón canta de gratitud por las muchas formas en que se ha desarrollado mi vocación. Rezo por el Papa Francisco, los obispos, todo el clero y los laicos, para que algún día seamos realmente la Iglesia que el Espíritu Santo nos llama a ser.

III: Ponerse al servicio de mujeres, familias y en las periferias

Hechos 6, 1-7



Arte de Casey Murano



Kelly Adamson es una oblata benedictina y ha servido en el ministerio universitario durante más de veinte años. Tiene un máster en Teología por la Universidad Xavier de Cincinnati, un certificado de posgrado en Espiritualidad por el Boston College, un certificado de posgrado en Estudios Litúrgicos por la Unión Teológica Católica y actualmente cursa el programa de Doctorado en Ministerio en Predicación en el Instituto de Teología Aquinas. En la actualidad, Kelly trabaja como directora de Formación en la Fe y Acompañamiento Espiritual en la Universidad de Dayton y forma a estudiantes de posgrado para

el ministerio laico. Formó parte del equipo de animación que acompañó a más de cien estudiantes de todo EE UU a Roma durante la Asamblea General del sínodo el pasado octubre. Co-convoca el Círculo de Predicación de Mujeres Católicas.

Me he sentido llamada por Dios desde que tengo uso de razón. Cuando era una niña de seis años, reuní a mis amigas y creé el "Club de las que nos preocupamos". Durante años, reunía a amigos y primos en reuniones para discutir cómo podíamos ayudar a nuestra comunidad local y mundial. Compartía historias del Evangelio y animaba a mis amigos a vivir nuestra fe de forma concreta. Hacíamos y vendíamos manualidades para donarlas a los necesitados, plantábamos árboles y visitábamos residencias de ancianos locales.

En el instituto, nuestra parroquia rural no tenía música para la misa dominical. Ahorré dinero de un trabajo a tiempo parcial para comprar un teclado y, a instancias de varios feligreses, pude fundar un coro juvenil. A menudo interrumpía los ensayos para compartir apasionadamente la letra de los himnos que cantábamos y suplicar que cantáramos de una forma que transmitiera la profundidad de su significado.

De joven adulta, luché con lo que significaba ser llamada al ministerio como mujer en la Iglesia. Recé, discerní con mentores y guías, y estudié teología en la escuela de posgrado. Enseñé religión en un instituto católico y fui directora de educación religiosa en una parroquia. Ahora llevo más de veinte años en la pastoral universitaria.

En el ministerio con jóvenes adultos, los estudiantes comparten conmigo el deseo de hablar con una mujer ordenada, especialmente cuando están teniendo relaciones abusivas o violentas. Las estudiantes expresan el dolor que experimentan cuando les golpea la tragedia y, por ley civil, los únicos recursos espirituales legalmente confidenciales en un campus son los que están ordenados. Esto significa que las mujeres jóvenes que acuden a mí y que están viviendo una relación de violencia sexual por parte de otros hombres, no pueden compartir conmigo si no están preparadas para denunciar su agresión sexual o violencia en la relación.

Aunque yo sea la persona con la que se relacionan -una mujer católica sensibilizada y formada para acompañar espiritualmente a las mujeres víctimas de la violencia machista- no importa. No puedo escucharlas sin tener que denunciar legalmente lo que dicen porque mi Iglesia no me ha ordenado ni a mí ni a ninguna otra mujer que pudiera ayudarlas.... así que no pueden compartir ni procesar espiritualmente conmigo cuando más importa. Si me ordenaran diácona, podrían mantener conmigo una conversación espiritual confidencial.

He caminado con mujeres jóvenes que ellas mismas se sienten llamadas al ministerio y han abandonado la Iglesia católica para seguir su llamada en otro lugar. Me he comprometido a permanecer en la Iglesia católica. A veces es doloroso, sobre todo cuando siento que el Espíritu Santo me impulsa a un ministerio y a un testimonio que aún no soy capaz de ofrecer. A lo largo de los años, me he deslizado silenciosamente en varias capillas oscuras en retiro y me he tumbado boca abajo ante el altar, ofreciendo mi vida. Sólo años después descubrí que esta

postura figura en la liturgia de ordenación de los diáconos. Me he dado cuenta de que el sentido de compromiso y llamada de por vida que experimento no lo comparten muchos ministros laicos, sino que es una llamada que experimentan los ordenados.

Ahora hago lo que puedo como ministro laico. Sirvo a nuestra universidad animando el ministerio de otros, mediante la dirección espiritual, la formación en la fe, los retiros y la oración. Formo parte de varios comités nacionales de pastoral y colaboro con otras personas de la enseñanza superior católica en Estados Unidos para fomentar experiencias de sinodalidad. Fuera de mi papel formal en el campus, apoyo a las mujeres que están aprendiendo a predicar a través de la convocatoria en línea de un Círculo de Predicación de Mujeres Católicas. Soy una oblata benedictina y sirvo en el equipo inaugural de liderazgo oblato de mi comunidad benedictina. En 2023, prediqué en el retiro anual de las hermanas con votos y las oblatas, titulado "Mujeres benedictinas en una Iglesia sinodal: Regalos para el viaje peregrino".

En un paseo con mi marido hace unos meses, hablábamos de la posibilidad de que las mujeres fueran ordenadas diáconas en la Iglesia católica romana. Le dije que reconocía que, aunque la Iglesia lo permitiera, nuestra diócesis podría no apoyarlo. Sin vacilar, me preguntó: "Entonces, ¿hacia dónde nos movemos?". Yo aún no había considerado esta posibilidad. Él me ve y me apoya y está dispuesto a dar un vuelco a nuestra vida para responder a la llamada de Dios.

Estoy llamada a una vida al servicio del pueblo de Dios. Amo la Palabra de Dios. Sé en lo más profundo de mi ser que estoy llamada a discernir el ministerio ordenado de "liturgia, palabra y caridad".



Lisa Amman, Subdirectora de Discerning Deacons, ha aprendido, rezado y trabajado en instituciones católicas toda su vida. Inspirada por el liderazgo cívico y eclesial de las hermanas benedictinas, asistió al Colegio de San Benito en Minnesota. Ejerció durante cinco años como directora de justicia social en su parroquia de St. Paul y trabajó durante 10 años como organizadora comunitaria con ISAIAH, una alianza de más de 100 congregaciones religiosas. Dirigió, asesoró y formó a miles de personas de fe, laicas y ordenadas, para hacer avanzar la visión evangélica de la justicia y la igualdad de dignidad en la política pública. Es miembro activo de la parroquia de Santo Tomás Moro

y ha realizado los Ejercicios Espirituales Ignacianos en la vida diaria. Natural de Luisiana, ella y su marido tienen dos hijas.

Desde liderar comunidades en la vivencia de las obras de misericordia hasta construir el reino de Dios, especialmente atendiendo a los más vulnerables, mi corazón siempre ha estado enraizado en el servicio. Hoy anhelo desatar más plenamente mi potencial dentro del Pueblo de Dios predicando el Evangelio y conectándolo con los signos de nuestro tiempo y los clamores de la gente.

A lo largo de mi vida, he sentido una llamada persistente a enfrentarme a la injusticia y a trabajar por una sociedad que encarne nuestra enseñanza social católica. He tenido el privilegio de conectar iglesias y trabajar por la no violencia, la vivienda asequible, la justicia racial y económica, la equidad en las escuelas públicas, las ayudas al empleo y un mejor sistema de transporte. Organizando esfuerzos para cuidar nuestra casa común y activando a la gente para gestionar una tienda gratuita para los empobrecidos, he visto el impacto de la acción comunitaria.

Una de mis experiencias más gratificantes fue dirigir un discernimiento para poner en marcha un nuevo ministerio de apoyo a inmigrantes y emigrantes en nuestra parroquia. Recaudamos fondos para alojar y acompañar a familias de nuestra ciudad en riesgo de ser separadas por la detención o la deportación de inmigrantes. Además, trabajé en mi comunidad parroquial en los esfuerzos para detener la epidemia de violencia contra las mujeres.

Siempre he amado y anhelado adorar y servir a Jesús. Ya en el preescolar y durante toda la escuela primaria, era conocida en mi familia como alguien a quien le encantaba entonar cantos de alabanza e himnos de la iglesia a Dios en casa, en la iglesia y en el jardín de mi casa. Mi compromiso con el ministerio ha sido constante a lo largo de la escuela secundaria, la universidad y mi carrera profesional. Durante 15 años, ejercí como ministra eclesial laica, centrándome en la caridad, el servicio y la justicia, ayudándonos a conectar nuestra fe y nuestro discipulado en Jesús con acciones concretas. He trabajado con más de 100 comunidades religiosas, activando a las personas para que trabajen juntas por el acompañamiento, la solidaridad, el servicio y la justicia.

El concepto de *diakonia* resuena profundamente en mí. Cada uno de nosotros en la Iglesia católica está llamado a representar a Cristo en el mundo, viviendo nuestra enseñanza social católica con un compromiso especial de servir a los más necesitados. Me encanta aprender sobre la diaconía, enseñar a otros sobre ella y llamar a nuestra comunidad a recordar esta pieza constitutiva de lo que somos como Iglesia.

Sin embargo, mi viaje también me ha llevado a buscar una dirección más espiritual y eclesial. Descubrir el cargo de diácono fue increíblemente emocionante. Leí las instrucciones para los diáconos y, como directora de Servicio Social y Justicia, me imaginé en ese papel. Fue descorazonador darme cuenta de que sólo los hombres podían ser diáconos.

A pesar de ello, mi corazón y mi ministerio por la justicia fueron reconocidos por otros, incluido el obispo asociado de la Iglesia Luterana, que vio en mí cualidades de pastor. Este reconocimiento me llevó a considerar la posibilidad de formarme en el Seminario de Lutero, pero mi corazón seguía estando con la Iglesia católica.

Cuando supe que el Sínodo Amazónico había pedido al papa Francisco que reabriera el debate sobre la ordenación de mujeres al diaconado, se reavivó la esperanza. Mujeres como santa Febe, que fue una diaconisa de confianza enviada por Pablo, me recordaron nuestras raíces tradicionales. Durante casi 1.200 años, las mujeres diáconos formaron parte de la historia de nuestra Iglesia. Hoy en día, se pide a religiosas y laicas que realicen labores diaconales en todo el mundo

Si las mujeres también pudieran ser diáconas, creo que se activaría a más gente en las parroquias para servir a los pobres y conectar nuestra caridad cristiana con nuestra vida católica de Palabra y sacramento, especialmente en nuestras liturgias dominicales. Las mujeres ya predicán, bautizan y organizan nuestra Iglesia para activar nuestra llamada universal a la diaconía. Permitir que las mujeres reciban el sacramento del orden potenciaría esta labor al proporcionarles una vocación permanente, gracia, formación, autorización formal y una asociación más plenamente responsable en el ministerio.

Quiero discernir con Dios y con nuestra comunidad eclesial local si convertirme en diácona es la forma en que Dios puede utilizar mejor mis dones al servicio de la Iglesia. La ordenación de mujeres como diáconas no sólo enseñaría que Dios puede hablar a través de las mujeres con autoridad, sino que también aumentaría el sentido de pertenencia y comunión de todas las mujeres y niñas. Quiero ser visible, escuchada, recibida y comisionada para ser una bendición y una sierva de Dios. Mi viaje ha sido de aprendizaje, aliento y liderazgo.

Espero continuar este camino con la gracia de la ordenación, sirviendo a Cristo y a Su misión con mayor autoridad e impacto.



Anne Attea es la orgullosa madre de Bela, de 18 años, y actualmente se encuentra en un año sabático del ministerio parroquial profesional tras 16 años como Directora del Ministerio Latino, Formación en la Fe y Justicia Social en la Iglesia de la Ascensión de Minneapolis, Minnesota, y 10 años como Directora del Ministerio Latino para la Archidiócesis de Saint Paul y Minneapolis. Antes de trabajar en las Ciudades Gemelas, fue misionera laica en México y Chile. Actualmente es profesora adjunta en el Departamento de Teología de la Universidad de Santo Tomás, miembro del grupo de liderazgo Discerning Deacons de Minnesota y feligresa de la Iglesia de la Ascensión, donde participa en la liturgia y la justicia social.

Deseo, Pasión, Llamada.

Durante casi 40 años he vivido una llamada a la *diaconía* como ministro eclesial laico en la Iglesia católica. De niña, mi familia alimentó mi fe, anhelaba los sacramentos y buscaba acercarme a Dios. A todas las edades, he deseado conocer mejor a Dios y he vivido apasionadamente para servir a Dios y a los demás. Es una llamada.

De joven adulta, esta llamada al servicio se vio alimentada por mi comunidad universitaria y mis estudios de teología, que me llevaron a trabajar como voluntaria en Chile durante dos años y medio con los Asociados de la Santa Cruz. Me enamoré de Cristo encarnado en un pueblo y de su lucha por la libertad y la justicia, y me acostumbré al modo de vida de un ministro de pastoral. Así comenzó mi ministerio diaconal no oficial de caminar y vivir con los marginados.

Después de terminar una maestría en Divinidad con énfasis en Ministerio Hispano, el tirón vocacional me llevó a pasar dos años sirviendo con la Arquidiócesis de Chicago en su sitio de misión en Quechultenango, Guerrero, México. Allí formé parte de un equipo pastoral que abrazaba una pastoral de conjunto, en la que mujeres y hombres, laicos y sacerdotes, norteamericanos y mexicanos trabajaban en colaboración en la misión compartida de servir a las 29 comunidades de nuestra parroquia. Me encantaba el trabajo y florecí en este entorno de corresponsabilidad como ministra litúrgica, ministra pastoral y predicadora.

Desde México, me trasladé a Minneapolis, Minnesota, donde treinta años después sigo haciendo todo lo posible por vivir a Jesús a través de la palabra y los hechos mientras sirvo a nuestros hermanos y hermanas inmigrantes, principalmente latinos, aquí en las Ciudades Gemelas. Durante mi mandato como Directora Arquidiocesana del Ministerio Latino, nuestro equipo abrió diez nuevas sedes para atender a los fieles hispanohablantes. Recluté y colaboré con sacerdotes, formé a ministros litúrgicos y pastorales, prediqué y trabajé con la cultura dominante para crear una visión de parroquias interculturales. Soy gente-puente, una constructora de puentes a través de las divisiones de género, generacionales, étnicas y

lingüísticas, y sigo siendo consultada en relación con el ministerio intercultural y la competencia cultural.

Mi discernimiento personal en torno a la diaconía continúa mientras estudio la Palabra, me reúno con un director espiritual, participo con Discerning Deacons y soy voluntaria en un equipo parroquial después de servir durante dieciséis años entre el personal. Es un profundo privilegio servir y acompañar a mi comunidad local, y mis dones son valorados por ministros eclesiales laicos comprometidos, hermanas y hermanos religiosos, y ministros ordenados con los que he trabajado a lo largo de los años. Sin embargo, me han preguntado repetidamente por qué me quedo. "¿Por qué no convertirme en ministra ordenada en otra confesión cristiana?". Es doloroso que se me niegue la gracia conferida al diácono ordenado, que permitiría que mi gracia bautismal creciera hasta su plenitud en mi propia tradición de fe.

Tengo credenciales académicas y formación, pero lo que es más importante, tengo el deseo, el corazón y la pasión por el culto litúrgico y la *diaconía*: la palabra, el culto y la caridad. Lo que no he tenido es la autorización en nuestra sociedad que conlleva la ordenación. Sin embargo, la situación pastoral que más me llega al corazón es la de nuestros hermanos y hermanas inmigrantes que han languidecido en centros de detención con muy pocos ministros ordenados para atenderles. Un feligrés nuestro fue detenido de camino al trabajo y se dictó una orden de arresto contra él. Mi párroco inmediatamente investigó debí hacer para ir a visitarle en persona porque sólo él podía hacerlo. Los clérigos ordenados siempre han sido considerados visitantes "profesionales", en la misma categoría que los abogados, a los que se permite la visita en persona. Hace sólo unos años, uno habría leído lo siguiente en la página web del condado de Sherburne: "Todas las visitas personales en la cárcel son sin contacto, excepto para clérigos y abogados previamente aprobados. El clero puede visitar a los detenidos en cualquier momento, previa concertación con la Oficina del Capellán".

Aunque tengo una amplia formación ministerial y una competencia cultural arraigada en décadas de profunda relación con los inmigrantes latinos, se me ha restringido el ejercicio del ministerio con los inmigrantes detenidos. Puedo acompañar a la gente al juzgado o sentarme con sus familias y escribirles cartas. Pero como ministra católica laica profesional, independientemente de mis títulos, estoy relegada a visitas virtuales breves y estrictamente reguladas. En este entorno, y en muchas prisiones de Estados Unidos, ¡la distinción de los ordenados importa!

Tengo una llamada vocacional vivida desde hace décadas. Mi hija, joven adulta, me apoya pero también lucha con una Iglesia que, según ella, está "atrasada". Yo, y muchas de mis colegas mujeres, hemos sido bendecidas y recibidas por las comunidades en las que ejercemos nuestro ministerio, y creemos que toda la Iglesia podría fortalecerse y enriquecerse acogiendo a mujeres para que reciban la gracia sacramental conferida a los diáconos.



Jeanne Bernacki trabaja como Ministra del Campus en la Escuela Católica Inmaculada de Durham, Carolina del Norte. Es licenciada en Teología y Psicología, con un certificado en estudios de Fe-Justicia por la Universidad St. Joseph y tiene un máster en Teología y Ministerio por la Universidad LaSalle. A lo largo de sus 20 años de ministerio, Jeanne ha enseñado en escuelas católicas, ha dirigido programas parroquiales de educación religiosa, ha coordinado el ministerio para madres católicas, ha trabajado como catequista y ha servido como lectora. Reside en Carolina del Norte con su marido, su hijo y sus dos hijas.

Hace unas semanas me encontré imaginando cómo sería ser mujer diácona en la Iglesia católica. Estaba sentada en misa, entre una comunidad de personas a las que quiero y sirvo, pensando en cómo responderían si alguna vez me ordenara. Pensé en las personas que celebrarían la noticia conmigo y en el regalo que sería para mí y para la comunidad que mi ministerio fuera reconocido y fortalecido al ser reconocido formalmente por la Iglesia. Fue un momento alegre de imaginación, un pequeño atisbo de esperanza. Lo guardé en silencio y volví a la realidad.

Esa misma mañana, en casa después de la misa y comentando las Escrituras del día con mi familia, mi hija adolescente me mira y me dice, sinceramente y sin rodeos: "Qué pena que no puedas ser diácona, mamá". Mi hija menor interviene: "¿Quieres ser diácona?". "Bueno", respondo en voz alta, "si la Iglesia abriera la oportunidad de que las mujeres fueran diácona, sin duda discerniría y lo solicitaría, pero por ahora no es una opción". En mi corazón, la respuesta a su pregunta es "¡Sí!". Es un sí que vacilo en pronunciar en voz alta, porque es algo vulnerable (y posiblemente insensato) desear lo que no está permitido. Por lo tanto, no puedo decir con certeza si estoy llamada al ministerio ordenado en la Iglesia, pero puedo decir que estoy profundamente implicada en el discernimiento de la Iglesia y que lo consideraría con alegría, si la Iglesia me abriera la puerta.

Siempre me he sentido atraída a trabajar en el ministerio en alguna capacidad. En el Instituto, me ofrecí como voluntaria para dirigir los retiros de confirmación en mi parroquia. Esta primera experiencia de ministerio me llevó a estudiar teología en la universidad y en la escuela de posgrado. He trabajado en escuelas y en parroquias y actualmente ejerzo como ministra del campus en una comunidad escolar católica. En mi función actual, coordino la liturgia, escribo y

facilito los servicios de oración semanales, animo el liderazgo de los estudiantes, facilito la formación espiritual del personal y de los estudiantes y procuro ofrecer oportunidades de servicio en la comunidad. Estoy en mi quinto año en este puesto y siento un profundo compromiso con los 70 miembros de la comunidad. He construido relaciones sólidas y valoro la oportunidad de escuchar, mantener el espacio y rezar con la comunidad en momentos de dolor y alegría.

Sirvo como lectora en nuestra parroquia y siento un tirón emocional cuando llevo el Libro de los Evangelios en la procesión de apertura. En ocasiones en que los sacerdotes de nuestra comunidad no están disponibles, se me ha invitado a dirigir las Celebraciones de la Palabra y la Comunión. Es un privilegio y un don poder proclamar el Evangelio y abrir la Palabra de Dios a la comunidad a la que sirvo.

Como mujer en el ministerio laico, mi papel siempre ha estado definido por mi posición en la organización. Soy la Ministra del Campus. Me encanta este título y estoy profundamente comprometida con el papel y el ministerio que conlleva. Sin embargo, es efímero. Un cambio en la persona del director de la escuela o de un párroco con una nueva visión podrían tomar ese título y reestructurar los ministerios de la comunidad para excluir mi posición. Yo seguiría siendo una mujer bautizada con corazón para el ministerio, pero no tendría una identidad propia a los ojos de la Iglesia.

Ser ordenada diácona sería un reconocimiento y un fortalecimiento del trabajo que ya estoy haciendo. Invoco regularmente las gracias de mi bautismo y he llegado a comprender que, por mi bautismo, tengo dignidad y estoy llamada a vivir una vida de santidad. Confío en esa gracia y la nombro en los momentos en que me siento desafiada o desanimada. Sin embargo, al reflexionar sobre las formas en que mi trabajo es el trabajo de un diácono, tengo el deseo de una nueva efusión del Espíritu Santo. Espero las gracias de la ordenación que me fortalezcan como ministra en la Iglesia y me permitan ejercer con mayor eficacia mi ministerio en la comunidad en la que estoy llamada a servir.



Allison Beyer aparece en la foto de amarillo tocando la guitarra, sirviendo como ministra de música en una misa de peregrinación a Nuestra Señora de Guadalupe, Ciudad de México, México en septiembre de 2022. Allison es una artista multidisciplinar, ministra de música, facilitadora de retiros y creadora de contenidos católicos bilingües afincada en South Bend, Indiana, con su marido Carlos y sus queridos hijos.

Mi amor por Dios y el claro amor de Dios por mí ha estado presente desde antes de que pueda recordar. Está tan cerca de mí como mi nombre o el color de mi piel y mis marcas de nacimiento. La constante atracción de Dios sobre mi vida ha sido incesante, extraña. Siempre está ahí.

Fue en la quietud donde Dios vino a mí, una y otra vez. En el jardín, sola en mi habitación, en la adoración, en el coro, de excursión, en la orilla del lago, en mis sueños.

Fue en comunidad donde Dios vino a mí, una y otra vez. Dirigiendo la oración, cantando en grupo, en una sala de estar, en una capilla, en el estudio de la Biblia, en una residencia para mayores, en una funeraria, alrededor del altar, con las manos levantadas en oración.

Y a medida que crecía, no sabía qué hacer con ello. Verá, me sentía llamada -y comprometida- a servir y seguir a Jesús de todo corazón, con toda mi vida, pero no me veía en la Iglesia, ni me hacía ilusiones de que la Iglesia me viera en ella. No como líder. No como alguien digna de recursos, de formación, de apoyo. Comprendí, como todas las chicas, que no todo era para mí. En realidad, no.

Muchos años de mi adolescencia y de mi joven edad adulta estuvieron marcados por la sensación de una brújula que gira. Es total y completamente desorientador estar en una relación con Jesús que nadie en tu tradición valora o valida. Y, sin embargo, por la gracia de Dios, perseveraré para encontrar formas de servir al pueblo de Dios, eligiendo espacios que afirmaran, desarrollaran y pusieran mis dones al servicio de los demás.

He trabajado principalmente con niños como educadora en escuelas públicas, privadas y residenciales. He servido como cuidadora en un hogar de niñas y en mi propio hogar. Creo tener contenidos innovadores y teológicamente sólidos (escribo oraciones, creo canciones e ilustraciones) para los niños y sus cuidadores. Soy cantora, lectora y he sido ministra de la Eucaristía. Administré una organización nacional sin ánimo de lucro. Dirigí la formación de voluntarios graduados universitarios. Estudié filosofía y estudios religiosos. Tengo formación en mediación. He dirigido programas de teología juvenil para que las niñas sepan que están hechas a imagen y semejanza de Dios. Compongo himnos espirituales. He vivido en el extranjero y aprendido una segunda lengua. Dirijo retiros de espiritualidad encarnada y prácticas de oración imaginativa. He vivido, muchas veces, en la pobreza voluntaria. Me he sentado con los moribundos y los desamparados.

He creado y dirigido liturgias y rituales para personas que no se sienten bienvenidas en la Iglesia o que nunca podrían imaginar volver. He predicado, basando la predicación en un encuentro con Jesús en las Escrituras y guiada por el Espíritu Santo para conectar con mis comunidades. He rezado por los enfermos y los quebrantados de corazón, los he bendecido, los he escuchado, los he conocido. Diseñé y dirigí una convocatoria nacional para implicar a artistas en la sinodalidad, que luego crearon una plétora de imágenes que reflejaban la sinodalidad en una exposición itinerante. Organizo y facilito eventos sinodales para comprometer a nuestro obispo con el rebaño de nuestra diócesis.

He dado a luz a un niño que nació muerto y a tres niños sanos y vivaces. He estado al borde de la muerte y he vuelto arrastrándome a la tierra de los vivos. He conocido la tristeza y he conocido la alegría. He conocido el terror, y he conocido la paz más allá de todo entendimiento. Me siento cómoda nadando en aguas profundas de fe y espiritualidad, y espero lo mismo de quienes ocupan puestos de liderazgo en nuestra Iglesia porque eso es lo que se necesita en un ministro para navegar por los misterios pascuales de la vida, la muerte y la resurrección.

Es una pobreza para la Iglesia que yo no pueda servir como diaconisa ordenada, ministrando a los demás de la forma en que mis dones, mi experiencia, mi educación y Dios quisieran que lo hiciera en nombre de la Iglesia de Cristo. Las gracias sacramentales de la ordenación permitirían que mis dones de abrir la Palabra, acompañar a los demás en los umbrales más íntimos e intensos de la vida y realizar los sacramentos fueran oficialmente potenciados, celebrados y protegidos de los cambios en el liderazgo pastoral. Mi vocación de liderazgo de servicio estaría legitimada y sería reconocible para otras personas ajenas a mí porque llevaría la autoridad, la bendición y el compromiso de la Iglesia.

Unirme a la orden de diáconos significaría unir mi vida, de forma permanente, a las mujeres más semejantes a Cristo que conozco, y a la Iglesia, en lugar de tener que buscar siempre los resquicios para honrar y compartir los dones que Dios me ha dado dentro de los muros y las estructuras existentes de la Iglesia. Significaría un compromiso mutuo entre la Iglesia y yo misma.



Rosa Bonilla lleva sirviendo como asistente pastoral en la Iglesia de la Misión Dolores en el este de Los Ángeles, California, EE.UU. desde 2012. Activa en la parroquia desde 2003, hoy Rosa facilita a las animadoras de las comunidades cristianas de base, coordina a los lectores y ministros de la Eucaristía, preside las liturgias de la Palabra, es mentora de mujeres jóvenes adultas y ayuda a organizar la respuesta parroquial a las necesidades pastorales de la comunidad. Rosa está casada con Carlos, con quien ha criado a tres hijos: Carlos, María y Rosario.

Nací y crecí en El Salvador, pero vivo en Los Ángeles, California, desde hace 24 años. Estoy casada desde hace 29 años. Tenemos tres hijos que se graduaron en diferentes universidades, y gracias a Dios ellos me apoyan en mi ministerio.

Como mujer que nació en una zona rural donde no había sacerdotes cerca, asistíamos a misa de vez en cuando. Crecí siendo educada espiritualmente por hombres y mujeres laicos, catequistas, entre ellos mi padre y mi hermano mayor. Me enseñaron a acompañar a los enfermos, a los más pobres entre los pobres, y a encarnar el amor y el respeto a Dios, a nuestra Iglesia y a toda su creación.

Desde niña, recuerdo el deseo de mirar el libro donde mi padre leía las oraciones con las que acompañaba a los enfermos y a los moribundos. Cuando un recién nacido estaba en peligro de muerte, mi padre iba a bautizarlo. Y sentí una emoción inexplicable.

Es un orgullo para mí mencionar dos mujeres que tuvieron un papel muy importante en mi crecimiento espiritual, mi madre y mi abuela. Ellas me enseñaron a rezar, acompañando a las personas y familias que perdieron seres queridos durante su proceso de duelo. A los 13 años, tuve la oportunidad de dar mi primera reflexión sobre el Evangelio en una celebración de la Palabra de Dios.

Años más tarde, en 2001, mi marido y mis tres hijos emigraron de El Salvador a Los Ángeles, California. Me convertí en una voluntaria activa en mi parroquia, la Misión Dolores, que atiende a la comunidad inmigrante de México y Centroamérica. En 2012, me ofrecieron el puesto de asistente pastoral, lo que me ha permitido dedicarme al ministerio pastoral y formar a otras personas para que estén al servicio de nuestra comunidad.

Soy un puente. La comunidad, especialmente otras mujeres inmigrantes, tienen la confianza de hablar conmigo sobre las dificultades a las que se enfrentan. Entonces sirvo de puente entre ellas y el párroco o hacia otros recursos que necesiten. Por ejemplo, durante las fuertes lluvias del año pasado, a una madre inmigrante que vivía en una infravivienda se le derrumbó el techo del salón. Me llamó con pánico. Le conté al párroco lo que había pasado y juntos caminamos bajo la lluvia para atender a esta familia. El párroco les dirigió una oración de agradecimiento a Dios porque nadie había fallecido. Y yo les puse en contacto con el apoyo y los recursos que necesitaban para presionar al dueño de la propiedad para que reparara el techo.

Otras veces, las madres y las abuelas buscan a alguien en quien puedan confiar. Las escucho. Rezo con ellas. Si necesitan confesarse, las animo a que pidan una cita con el sacerdote. Pero muchas veces, lo que una mujer necesita es una atención pastoral atenta. Han estado sufriendo solas y quieren hablar con otra mujer de la Iglesia que las entienda y pueda relacionarse con ellas.

Hay una frase en español que significa trabajar en pastoral juntos - pastoral de conjunto. Soy como un diaconisa en el sentido de que ayudo a nuestros pastores a animar la Palabra, el servicio y la caridad de nuestra parroquia. Me encanta la imagen de la Iglesia como una madre que se preocupa y se ocupa de sus hijos y de la comunidad. Llevamos a la comunidad nuestra presencia y la presencia del amor de Dios por ellos. Los días que no hay sacerdote en mi parroquia, tengo la oportunidad de celebrar un servicio de comunión y ofrecer reflexiones sobre las Escrituras. Ayudo a nuestros inmigrantes a sentirse bienvenidos en nuestra iglesia. Soy ciudadana naturalizada estadounidense, pero tengo familiares indocumentados. Comprendo la tensión y el miedo que sienten los inmigrantes.

Para mí, poder servir como diaconisa, por encima de todas las cosas, sería un sueño hecho realidad. No porque tenga un título, sino porque me da la posibilidad de hacer mi trabajo y mi ministerio con más libertad y menos limitaciones. Hace poco, visité en su casa a una anciana que se está muriendo de cáncer. Ella me dijo: "Cuando vienes a visitarme, siento que la Iglesia viene a mí". Es muy importante que se considere que nuestra Iglesia sinodal tiene ternura maternal, compasión y valentía, cualidades que tienen las mujeres y que la Iglesia debería reconocer.

Cuando hablo con algunas personas, incluida mi familia, sobre la posibilidad de que volvamos a tener mujeres diaconisas en nuestra Iglesia me preguntan: "¿Se puede hacer eso?". Y yo respondo: "Si es la voluntad del Espíritu Santo, entonces sí".



Bridget Deegan-Krause ha trabajado 30 años en la capellanía, la misión y la formación de líderes ministeriales en la sanidad en ámbito católico y en la educación superior. Como consultora y facilitadora, ha desarrollado recursos de formación espiritual galardonados que se utilizan en docenas de instituciones católicas de todo Estados Unidos. Bridget, capellana certificada y antigua voluntaria jesuita, posee un Máster en Divinidad por Notre Dame. Trabaja como directora de apadrinamiento para Bon Secours Mercy Ministries y como miembro fundador de la junta de Discerning Deacons. Nativa de Michigan, Bridget reside en la zona de Detroit con su marido, donde son miembros activos de la parroquia católica de Gesu.

Escribo esto para ofrecer el testimonio de mis 30 años de liderazgo ministerial en la sanidad en ámbito católico, desarrollando y supervisando normas profesionales para ministros en todo Estados Unidos, incluida la formación de diversos clérigos. Mi liderazgo más reciente incluye el servicio como Director Patrocinador de los Ministerios de Salud Bon Secours Mercy, persona jurídica pública de la Iglesia, y miembro fundador de la junta del vibrante proyecto Discerning Deacons, donde he conocido a algunos de los ministros católicos más orantes, comprometidos, hábiles y carismáticos de mi vida. A través de todo este trabajo, soy testigo del poder de cientos de mujeres que viven verdaderamente el espíritu evangélico de la *diaconía*, que llevan el amor salvífico de Jesucristo a lo más profundo de la vida de la Iglesia, cuyos dones están claramente ungidos por el Espíritu de Dios, pero cuyo ministerio carece de la gracia de la ordenación sacramental.

La gracia que confiere la ordenación trae la salvación a toda la Iglesia, incluso en las vidas de aquellos que derraman sus dones al servicio de los demás en respuesta a la llamada de Dios. Al retener la gracia de este sacramento a las mujeres, limitamos el pleno florecimiento de las personas y sus comunidades. He sido testigo directo del dolor y el sufrimiento de mujeres que han discernido en oración con sus comunidades una llamada al ministerio eclesial, arriesgando su salud mental, física y espiritual. Además, me duelen las comunidades que se quedan sin los sacramentos, aunque las mujeres de nuestra Iglesia continúen su formación permanente y estén dispuestas a servir. Me duelen las homilías que no se escuchan, las bendiciones que no se reconocen, los sacramentos que no se celebran; en resumen, todo el poder de la Iglesia que no se entrega, desde la cabecera de la cama hasta el púlpito, en la pila bautismal y en las calles, y en todos los lugares donde el pueblo de Dios anhela el toque cariñoso, y oficial, de la Iglesia. Recuerdo mi trabajo a lo largo de los años como capellán en ámbito sanitario, en espacios donde la necesidad del toque de la Iglesia es tan grande. Pienso en lo que ofrecería la ordenación, poder forjar esta conexión como representante oficial, extendiendo el ministerio sanador de Jesús. Y anhele la gracia que la ordenación me proporcionaría a mí y a otros que reciban los dones de mi ministerio.

Como alguien que dirige y forma ministros en todo Estados Unidos, me uno a los obispos que están dispuestos a plantearse la importante pregunta: ¿Qué nos perdemos cuando ignoramos el impulso del Espíritu en la vida de las mujeres? Escuchemos las voces de las mujeres. Apoyemos, celebremos y, sobre todo, confiemos en su discernimiento orante y en el discernimiento de la comunidad que las llama a la plenitud del ministerio sacramental, mientras ofrecen sus vidas de servicio como un don a la Iglesia para la salvación de todo el pueblo de Dios.



Kathryn Getek Soltis sirvió durante varios años como capellán de una prisión católica y sigue trabajando como voluntaria como ministra de prisiones donde vive ahora en Filadelfia, PA, EE.UU. Es licenciada en Sagrada Teología por la Escuela Jesuita de Teología de Weston, doctora en Ética Teológica por el Boston College y actualmente es directora del Centro de Educación para la Paz y la Justicia de la Universidad de Villanova. Kathryn es cofundadora de un grupo llamado SCHEAP que lleva tres años caminando sinodalmente con estudiantes universitarios en Filadelfia. Incluye un curso que impartió sobre el sínodo y que llevó a sus estudiantes y a más de un centenar de otros estudiantes de todo EE.UU. a Roma durante la Asamblea General de octubre de 2024.

Estoy aquí en las afueras de Filadelfia, Pensilvania, EE.UU., como miembro del profesorado de la Universidad de Villanova y también como ministro de prisiones. Nunca esperé ser ministro, pero entonces surgió una oportunidad de voluntariado. Dije que sí. Y desde entonces - durante más de veinte años - he tenido el privilegio de acompañar a hombres y mujeres encarcelados y eso me ha cambiado para siempre.

Cuando era capellán católico en un centro de Boston, teníamos una capilla. Pero en algunas unidades penitenciarias a donde iba, nos reuníamos alrededor de una mesa de picnic metálica en la zona común, justo fuera de las puertas de las celdas. Teníamos allí nuestro servicio de comunión, apiñados alrededor de la mesa, compartiendo la Palabra de Dios. Una mujer de allí señaló la mesa y dijo que ésta era la mejor iglesia en la que había estado nunca. Y recuerdo que tanto las mujeres como los hombres intentaban comprender quién era yo en la Iglesia. No era un sacerdote, ni una monja, ni una simple voluntaria. Intentaba explicarlo pero a menudo me decían: "¿Por qué no puedes ordenarte? Eres nuestra ministra".

Por lo que he podido discernir hasta ahora, sí me siento llamada a ordenarme diácona. Siento que Dios me llama a algo a lo que no puedo decir que sí. Y hay pena en ello. Pero hay algo más y mucho más angustioso. Al tratar de explicar por qué no podía ordenarme, los hombres y mujeres encarcelados se sintieron apartados y olvidados. Yo les pertenecía. Si mi ministerio diaconal es invisible en la Iglesia, entonces ellos se sentían invisibles, como si no fueran una prioridad.

Ahora, aquí en Filadelfia, la Oficina Arquidiocesana de Pastoral Penitenciaria cerró hace varios años. Durante un tiempo hubo sacerdotes aquí y allá, y ahora no hay ningún sacerdote. Yo sigo yendo, junto con otra persona.

Si yo fuera diácona, estos hombres que veo en la prisión de Filadelfia serían conocidos, vistos y conectados con la Iglesia local. La ordenación diaconal es *para ellos*. Si queremos ser una Iglesia que escucha, necesitamos que nuestros oídos estén bien establecidos en los márgenes. Y ese mensaje es exactamente lo que he oído también en mi trabajo con los jóvenes.

He estado codirigiendo una iniciativa sinodal durante los últimos tres años que ha implicado a todos los colegios católicos aquí en Filadelfia. Hemos escuchado a cientos de jóvenes. Llevé a varios estudiantes a Roma durante la Asamblea General de octubre. Y muchos de ellos se preguntan, ¿por qué no ordenar mujeres diáconos? ¿Por qué no reconocer estos dones de una forma que ayude a la Iglesia a ver y escuchar a los marginados que están siendo acompañados por esas mujeres?

Soy madre de tres hijos y la mayor, mi hija de 12 años, también se hace estas preguntas. Las mismas que he oído a los jóvenes de Filadelfia y a los encarcelados de Boston. Mi hija y todos ellos se preguntan si realmente pertenecen a esta Iglesia y si importa que estén aquí.

Pero este Sínodo me está dando más esperanza de la que nunca he tenido. Se nos está pidiendo que imaginemos cómo puede volver a cobrar vida el Evangelio, cómo puede llegar a los rincones más olvidados y oscurecidos y hacer visible a todo el pueblo de Dios. Creo sinceramente que restaurar a las mujeres diáconos es una de las formas en que podemos hacerlo. Somos muchos -y muchos de ellos jóvenes- los que estamos dispuestos a decir sí a esa llamada.



Jazmin Jimenez es la Directora de Liturgia y Culto en la Comunidad Católica American Martyrs en Manhattan Beach, California. Antes de trabajar en la parroquia, enseñó teología y trabajó en el ministerio del campus en la Escuela Secundaria Jesuita Verbum Dei y en la Academia del Sagrado Corazón Flintridge durante un total de 13 años. Jazmín es un orgulloso producto de la educación católica habiendo estudiado en escuelas patrocinadas por los Misioneros de Maryknoll, los Agustinos, las Hermanas Dominicas y los Jesuitas. Completó su Maestría en Estudios Teológicos en la Universidad Loyola Marymount de Los Ángeles. Activamente involucrada en Discerning Deacons, Jazmín está comprometida con el trabajo para lograr una Iglesia más atenta, sinodal e inclusiva. Reside en El Segundo, con su marido, Mike, y sus dos hijos.

Siempre me gustaron las "cosas de la iglesia" mientras me iba haciendo mayor. En la escuela primaria, servía alegremente como monaguillo y era la encargada de asuntos religiosos que dirigía la escuela en la oración diaria. En el Instituto, ocuparía un puesto similar al de capellán para mi clase, y serví en el equipo del Ministerio del Campus, planificando y dirigiendo las liturgias de toda la escuela y los retiros de clase. Un punto de inflexión importante en mi vida fue asistir a la Universidad Loyola Marymount, donde me gradué en 2005 con una licenciatura en Estudios Teológicos. La universidad fue la oportunidad de apropiarme de mi fe, de apropiarme realmente de ella y explorarla como una cuestión de elección personal y prioritaria. Me uní a un pequeño grupo para compartir la fe que se reunía semanalmente durante una hora en la que discutíamos sobre la vida en el contexto de nuestra fe. Estoy profundamente en deuda con los jesuitas por haberme introducido en la espiritualidad ignaciana, es decir, en la capacidad de discernir lo que conducirá a la profundización de Dios en mi vida y lo que no es de ese Espíritu, de modo que pueda vivir mi vida, a diario, unida a Dios.

En la universidad, fui vicepresidenta de Justicia Social y asistí y dirigí viajes de servicio a Guatemala, la República Dominicana, los Apalaches, Kentucky, la Reserva Navajo en Arizona y una docena de viajes de fin de semana a Tijuana, México. Al final de mi estancia en la universidad de LMU había hecho lo suficiente para recibir el más alto reconocimiento que se concede a una mujer de alto nivel por su liderazgo y servicio.

Cuando tenía poco más de 20 años, me apunté a dirección espiritual y pedí que me guiaran a través de una versión de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola llamada la 19ª Anotación, con la esperanza de poder discernir lo que Dios quería para mí y para mi vida. Estos muchos meses de oración regular, reflexión y responsabilidad abrieron mi corazón. Recuerdo que en oración llegué a la conclusión: "Señor, no sé lo que me vas a pedir, pero estoy dispuesta

a decir 'sí'. Un par de meses después, me ofrecieron la oportunidad de solicitar el puesto de profesora en el Instituto Verbum Dei, el Cristo Rey de Los Ángeles. Mi llamada y mi vocación durante 13 años fue enseñar en escuelas católicas. Fue algo que fue de bueno a estupendo a diario y es un capítulo de mi vida por el que estoy profundamente agradecida.

Conocí a mi ahora marido, Mike, en el Instituto Verbum Dei. Juntos hemos discernido muchas cosas, la primera de las cuales fue el matrimonio. Hemos sido bendecidos con un niño de casi 10 años, Joseph, y otro de casi 9, Gregory. Nuestras vocaciones como compañeros el uno del otro y padres de nuestros hijos han estirado mi corazón hasta profundidades que no sabía que existían.

El puesto de Directora de Liturgia y Culto se abrió en nuestra parroquia y me lancé a solicitarlo. En este puesto, aporté una diversidad de ideas y enfoques al ministerio parroquial que nos permiten servir mejor a nuestra comunidad local y más allá. Una feligresa viuda de 91 años me dijo el otro día algo así como: "Gracias por todo lo que hacen. Nuestras misas son tan hermosas, y simplemente tengo la sensación de que su mano está guiando las cosas, y creo que es porque usted es mujer -los dones y la perspectiva que aporta- que hay tanta gracia en lo que ocurre aquí".

Hoy, la conversación sobre el restablecimiento de las mujeres en el diaconado permanente ordenado es fuerte en nuestro hogar, en la vida de mi familia y amigos, y en mi comunidad parroquial. Recientemente ofrecí reflexiones sobre el Evangelio en línea y en una misa de fin de semana, y la respuesta abrumadora fue que las voces de las mujeres en la Iglesia trajeron a los que estaban allí o a los que lo vieron en línea una profunda sensación de alegría y esperanza por lo que puede ser la inclusión en nuestra Iglesia. Todos sabemos que siento una llamada a discernir sirviendo a la Iglesia, que amo con todo mi corazón, como mujer diácona. Aunque me encanta mi ministerio, hay días en los que resulta muy desafiante. La ordenación ofrecería una profunda corriente de gracia sacramental de la que abastecerse cuando las responsabilidades diarias del ministerio y responder con cuidado pastoral a las necesidades del Pueblo de Dios pueden agotarlo a uno. La ordenación significaría que los feligreses sabrían que tanto los diáconos como las diáconas pueden ser imagen de Cristo y son capaces de representar la preocupación y el cuidado pastoral de la Iglesia en tiempos de necesidad.

Mis abuelas, padres, hermanas, parientes, amigos, hijos y marido están todos de acuerdo: gran parte de lo que he hecho toda mi vida y de lo que sigo haciendo hoy en el ministerio parroquial es trabajo diaconal. Nuestra parroquia es dinámica y vibrante y lleva décadas acogiendo el servicio de parejas de diáconos. Mi marido y yo tenemos maravillosos modelos de ello. Vemos cómo el servicio a la Iglesia en el diaconado sería una maravillosa afirmación y extensión de nuestros votos matrimoniales y de nuestro profundo deseo de servir. Una y otra vez, Dios me ha llamado a ser líder en la Iglesia y yo he respondido afirmativamente. Deseo poder discernir con mi Iglesia si la ordenación al diaconado permanente es lo que el Espíritu Santo me pide mientras continúo ofreciéndome al servicio de la Iglesia en nuevas formas que el Espíritu Santo me indique.



Shannon Kozubik se convirtió a la religión católica y tiene un máster en teología, un certificado en atención pastoral y más de una década de experiencia en la dirección de Pomegranate, una pequeña empresa polifacética que atiende a mujeres y familias. Vive en el condado de Marin, California, y encuentra una increíble inspiración en la belleza de su entorno físico. Shannon está casada y vive con su marido y sus tres hijos en la zona rural de West Marin. Son miembros activos de la iglesia Old St. Mary de Nicasio.

Durante una década, dirigí una pequeña empresa que tenía sus raíces en las necesidades de los padres y madres de mi comunidad. En ese trabajo, me sentía más viva cuando podía enchufar a un cliente o a un miembro del personal en un nuevo rol para el que estaban especialmente capacitados pero que no se les había ocurrido o no habían creído que podían hacer. Creo que Dios me ha dado ojos para ver las necesidades de la gente, así como ojos para suscitar a quienes podrían estar dotados para satisfacer esas necesidades. No me había dado cuenta hasta hace poco de que tal vez hubiera un nombre -diácono- para esta vocación en particular. A medida que he ido aprendiendo más sobre los diáconos, me he dado cuenta de que a lo largo de mi vida he estado sirviendo de forma diaconal. Agradezco la oportunidad de discernir con la Iglesia si este patrón en mi vida es, de hecho, una llamada a servir como diaconisa ordenada.

Me convertí al catolicismo a los 22 años y pasé los dos años que rodearon mi tiempo en el RICA sirviendo como capellán en la Universidad de Santo Tomás en St. Paul, Minnesota. Tengo un máster en teología con un certificado en atención pastoral de la Universidad St. Catherine. Puse en práctica mi vocación de servicio dirigiendo un pequeño negocio de apoyo a mujeres embarazadas y familias jóvenes. Durante la pandemia, cerré este negocio y dediqué mi tiempo y mi energía a mis tres hijos y a mi parroquia local, Santa María. La parroquia está en el condado rural y agrícola de West Marin, California, y no tiene personal remunerado. La comunidad se encarga de todo el montaje de las misas, la limpieza de la iglesia, el apoyo litúrgico y la organización. En los últimos años, han fallecido muchos feligreses y voluntarios veteranos, y yo he dado un paso adelante para limpiar la iglesia, contar las ofrendas después de la misa, decorar el altar y visitar a los enfermos y confinados en casa. Ahora también recluto lectores y elaboro el programa anual de lectura de misas para que tengamos lectores todos los domingos.

Les pregunté a nuestros dos sacerdotes si les gustaría que organizara una reunión parroquial en mi casa este invierno para abordar las crecientes necesidades de la comunidad y tener una conversación sobre sistemas y personas adicionales que podrían apoyar a nuestra iglesia, y me respondieron con un sí rotundo. Tienen tres parroquias a su cargo y agradecieron la ayuda para reunir y levantar al Pueblo de Dios.

Cuando visito a un feligrés moribundo, tengo una increíble sensación de paz porque Dios me ha creado para ir al encuentro de la gente en sus momentos de necesidad. Aunque he desempeñado muchas funciones en mi parroquia como ministro laico, siento que ser ordenada diaconisa me aportaría alegría y claridad. No busco ese título por el título en sí, sino para saber que la Iglesia sostiene mi trabajo y da vida a la labor constante de servir a la Iglesia y servir al Pueblo de Dios.

Creo que Dios me creó para el tipo de trabajo que define a un diácono, y estoy encantada de estar discerniendo mi futuro dentro de la Iglesia y junto con la Iglesia.



Nina Laubach es capellán de hospital, consultora y educadora, y escribe y habla sobre homilética, liturgia y experiencia sacramental. Su variada trayectoria profesional como ingeniera, profesora y líder comunitaria informa su comprensión de la vocación como un camino de toda la vida. Posee un Máster en Divinidad por el Seminario Teológico de Princeton, donde reforzó su compromiso con la defensa de la mujer en el liderazgo eclesiástico, la ampliación de la diversidad de voces en el púlpito y el aprovechamiento de la riqueza de la imaginación católica en la predicación. Nina cree que acompañarse unos a otros en la alegría y el sufrimiento es fundamental para una relación cada vez más profunda con Dios. Los suelos natales de Nina son Delaware, Pensilvania, Wisconsin y el centro de Nueva Jersey, donde vive actualmente con su marido y sus dos hijos adolescentes.

Aunque he seguido múltiples trayectorias profesionales, ingeniera, madre, capellán de hospital y educadora, he sentido una llamada vocacional subyacente a servir a Cristo a través del ministerio eclesiástico. Ordenarme diaconisa sería una convergencia de mis años de liderazgo eclesiástico, mi compromiso con el ministerio sirviendo directamente a las necesidades cotidianas de los demás y mi deseo de participar en la transformación sacramental de las personas y las comunidades que siempre es posible a través de Cristo.

Ser testigo y experimentar los esfuerzos de mis padres inmigrantes filipinos por mantener las tradiciones culturales y religiosas en medio de la adaptación a una nueva patria me dio un corazón para atender a los demás en tiempos liminales de cambio e incertidumbre. Nuestra Iglesia se encuentra en un momento de desorientación semejante. El significado de la comunidad, el ritual y la institución están cambiando, y espero formar parte del trabajo diaconal que tiende puentes entre nuestras tradiciones eclesiales, la imaginación católica y las enseñanzas sociales con las realidades vividas siempre cambiantes de nuestras comunidades eclesiales.

Actualmente soy capellán en un hospital católico. En este papel, me siento alimentada espiritualmente mientras me entrego a los demás a través de la escucha profunda y siendo una presencia compasiva para los pacientes y sus familias. Estoy llamada, y me encanta, hacer este trabajo tan duro. Cada interacción desafía mis suposiciones sobre las crisis, los traumas y la esperanza. He aprendido que la desesperación surge del sufrimiento en soledad, y me siento atraída hacia el ministerio diaconal como expresión directa de una intimidad de compañía que estamos llamados a encarnar en nuestra fe trinitaria, relacional y encarnada.

Durante mis estudios en el Seminario Teológico de Princeton, desperté a la riqueza de los estudios bíblicos, la predicación, la teología y el liderazgo pastoral. Mis cursos me invitaban. "Tengo tanto que deciros" dice Jesús a sus amigos en el Evangelio (Juan 16,12). De hecho, mi camino vocacional ha consistido en escuchar el continuo despliegue de lo que Dios tiene más que decirme. Siento alegría cuando integro las habilidades y los frutos de mis experiencias pasadas con mi ministerio actual, ya sea sirviendo como liturgista, haciendo exegesis de las Escrituras mientras preparo un sermón o ayudando a un paciente a superar una crisis.

Mi discernimiento vocacional es un proceso comunitario, que requiere audacia y un corazón abierto para admitir que mi llamada como mujer en la Iglesia puede ser a un papel que aún no existe. He recibido la afirmación de sacerdotes y profesores que me invitan a predicar, de estudiantes inspirados a seguir sus propias llamadas ministeriales gracias a mi orientación, y de feligreses que me preguntan cómo pueden ellos también servir fielmente a nuestra futura Iglesia. Mis compañeros que más me han apoyado en este camino han sido mi marido y mis hijos. También he sido bendecida con directores espirituales, amistades pastorales y educadores que me animan a persistir y a re-imaginar continuamente el camino. Esta experiencia de relaciones afectuosas ha moldeado definitivamente mi formación espiritual. Creo que ese compañerismo y esa confianza son esenciales entre clérigos y laicos, y espero ofrecer a los demás ese mismo sentido de pertenencia y conexión como diaconisa ordenada.

Me siento más viva cuando comparto la Palabra y acompaño a los demás. La ordenación es un acto transformador. Es un pacto de reciprocidad, como el matrimonio, que une el trabajo de mi vida como manos y pies para Cristo a la Iglesia, y a su vez la Iglesia honra el trabajo distinto y necesario de los diáconos como una llamada sacramental y santa. Estoy dispuesta a asumir este compromiso. Seguiré imaginando y abogando por una Iglesia en la que las mujeres diaconisas ordenadas no sólo sean posibles, sino que se acojan con alegría como una expresión más plena y fiel del Cuerpo de Cristo en el mundo.



Rhonda Miska es una ministra eclesiástica con más de veinte años de experiencia. Posee un máster por la Facultad de Teología y Ministerio del Boston College y actualmente cursa un doctorado en Ministerio en Predicación por el Instituto de Teología Aquinas. Ha servido en ministerios jesuitas en Nicaragua, en el ministerio hispano y de justicia social en una parroquia multicultural, en centros de retiro, universidades católicas, así como en organizaciones de servicio social que atienden a inmigrantes, refugiados y personas con discapacidad. Sus escritos aparecen regularmente en publicaciones católicas y ha publicado cinco capítulos de libros. Rhonda trabaja actualmente en la iglesia de San Timoteo de Blaine, Minnesota, y como profesora adjunta en el departamento de teología de la Universidad de Santa Catalina, además de practicar la dirección espiritual. En 2020, fundó el *Círculo de Predicación de Mujeres Católicas*, una comunidad de práctica para mujeres católicas que se animan y acompañan

mutuamente en la apertura de la Palabra de Dios.

Desde niña me he sentido atraída por los ministerios “de la liturgia, de la palabra y de la caridad”. Desde muy pequeña serví como lectora y en el ministerio de la música en San Bernardo de Middleton, Wisconsin. Siguiendo el ejemplo de mi madre de implicación en la comunidad y voluntariado, pasaba los sábados por la mañana visitando a los vecinos ancianos con ella o clasificando donativos en un banco de alimentos local. Fui siempre curiosa teológicamente desde muy pequeña y recuerdo vívidamente que a los siete u ocho años me preguntaba cómo era posible que Jesús fuera a la vez Dios y el Hijo de Dios. (¡Creo que mis profesores de catecismo obtuvieron un poco más de lo que esperaban!)

A partir de esta base ha crecido una vida de ministerio, un viaje de conversión, solidaridad y acompañamiento continuos por el que estoy profundamente agradecida. Ese viaje ha incluido dos años de servicio en la Nicaragua rural, a los que siguió un ministerio parroquial en el que ayudé a fundar una organización comunitaria interreligiosa para trabajar por el cambio estructural de los más vulnerables, dirigí los esfuerzos para proporcionar refugio y servicios a las personas sin hogar y acompañé a feligreses hispanohablantes indocumentados que se enfrentaban a situaciones que iban desde embarazos no deseados a violencia doméstica o explotación por parte de empleadores sin escrúpulos. Llevé a cabo este ministerio mientras estudiaba a tiempo parcial en la Facultad de Teología y Ministerio del Boston College, integrando los conocimientos teológicos en la experiencia ministerial.

Habiendo sentido durante mucho tiempo que Dios me llamaba a algo más, exploré la posibilidad de la vida religiosa y pasé varios años en discernimiento y formación con una

congregación dominicana. Aunque discerní no seguir un compromiso de por vida como religiosa en la Orden de Predicadores, recibí la tremenda gracia de llegar a reconocer mi pasión y habilidad para la predicación. Sentí un profundo deseo de compartir los dones que había recibido de las dominicas con otras laicas católicas, lo que me llevó a fundar el Círculo de Predicación de Mujeres Católicas. El Círculo está formado por mujeres con experiencia ministerial y formación teológica que sienten la llamada a la predicación. La comunidad que se ha desarrollado es muy hermosa. He visto a mujeres crecer más plenamente en lo que son como ministras y predicadoras, profundamente dedicadas a crecer en santidad y a servir al Pueblo de Dios.

¿Es la llamada a "algo más" que siento dentro de mí una llamada al diaconado? Es simultáneamente afirmador y doloroso cuando aquellos a los que sirvo en el ministerio nombran mis dones y expresan su anhelo de que sirva más plenamente a la Iglesia. He tenido feligreses que me han dicho que desearían que pudiera predicar mensualmente en las misas de fin de semana como hace el diácono ordenado. ¿Podría estar Dios llamándome a servir a su pueblo en la orden de los diáconos? Lucho con la cuestión de cómo abordar esta pregunta, porque ¿cómo discernir realmente una posibilidad que aún no existe? Pero el Sínodo sobre la Sinodalidad llegó a la conclusión de que el discernimiento sobre las mujeres diáconos debe continuar y "lo que viene del Espíritu Santo no puede detenerse". Quizá parte de mi fidelidad y obediencia en este discernimiento comunitario sea compartir aquí mi historia para que, uniéndome al coro de las voces de otras mujeres, se pueda discernir comunitariamente la voluntad del Espíritu Santo.



Un camino compartido en febrero de 2023 en un campamento de Matamoros, México, con solicitantes de asilo venezolanos.



Dr. Sarah Probst Miller ofrece un ramillete de experiencias vitales para complementar el ministerio musical, la predicación, la oratoria y la dirección espiritual. Sus experiencias como veterinaria, directora ejecutiva, directora creativa, directora musical en Nuestra Señora del Lago, ex jugadora de baloncesto universitario D1, escritora, madre y esposa, le otorgan una perspectiva única pero arraigada. Sarah dice: "Reconozco que a veces es aquello que nos ha roto lo que ensancha nuestra alma y amplía nuestro camino. Agradezco especialmente las flores de la misericordia, el perdón y el amor".

Tenemos cuatro diáconos en nuestra parroquia. Cuando nuestro diácono más joven fue ordenado y rezó su primera misa, lloré lágrimas gigantes durante toda la misa. No sabía muy bien por qué. Era como si no pudiera controlarlo, el profundo, profundo anhelo. Simplemente brotó y se desbordó. Una mujer que estaba detrás de mí me dio un abrazo al terminar la misa y me dijo: "No sé por qué estás tan triste, pero rezaré por ti". Me daba demasiada vergüenza decirle que estaba llorando de envidia. Sí, me alegraba por este nuevo diácono y, sin embargo, sentía una envidia tan profunda, no sólo por mí, sino por todas las mujeres. No le confesé que anhelaba tanto ser yo la nueva diácona allí arriba sirviendo la misa con el padre Joe. No le dije que anhelaba abrir la Palabra y predicar desde el ambón, que deseaba más que nada que me pidieran que dijera una homilía. En su expresión de voluntad de rezar por mí, no le pedí que rezara por la restauración de las mujeres en el diaconado. Pero acepté su abrazo y su oración. Y también acepté que me sentía verdadera y profundamente llamada a algo que actualmente no existe. Pienso en cumplir la llamada a la ordenación en otra tradición religiosa, pero amo nuestra fe católica y elijo y vuelvo a elegir quedarme.

Durante más de 20 años, he ejercido como doctora en medicina veterinaria para animales de abasto y he trabajado como directora ejecutiva y creativa de una empresa multimedia. He viajado por todo el mundo sirviendo a granjeros, ganaderos y cuidadores esforzándome por motivar una cultura del cuidado de las personas y los animales. Paralelamente, desde que tenía 12 años, he sido voluntaria musical en cualquier parroquia que fuera nuestro hogar. En el ministerio de la música, llego y trabajo sinceramente para acoger a todos con amor y ayudarles a discernir cómo pueden ayudar mejor. Trabajo para dejar espacio para que el Espíritu Santo fluya entre las personas. Busco permitir que la canción sea una vibración unificadora en nuestra parroquia, algo que nos reúna a todos, algo que nos unifique en lo que parece una época de división en nuestra Iglesia y nuestro país.

Estos momentos en los que mi corazón arde dentro de mí y el Espíritu parece fluir dando y recibiendo, me llaman. Específicamente, hay algunas veces que me pidieron que me pusiera de pie y hablara en la iglesia; sentí como si el tiempo se detuviera. Sentí que desaparecía y me convertía en un recipiente a través del cual mi cuerpo permitía que fluyeran las palabras del Espíritu. Me sentí como en casa. Sentí que no había otro lugar en el que debiera estar que allí mismo. Tuve y tengo una experiencia similar cuando escribo. Además, a lo largo del hermoso

camino de la vida, he tenido la bendición de elegir el sacramento del matrimonio como vocación con un ser humano maravilloso al que amo. Ser una esposa corresponsable y madre amorosa de nuestros tres hijos vivos es increíblemente importante para nosotros. Junto al cumplimiento de esta llamada sacramental al matrimonio, sigo sintiendo este anhelo de ordenación.

Experimento mi carrera de veterinaria como una buena preparación para el diaconado. Los veterinarios encontramos y acompañamos la herida. Arrojam luz sobre ella para averiguar la causa en una criatura que no siempre tiene un lenguaje que los humanos entendamos. A veces el cuidador humano habla o habla mal por nuestros pacientes. Los veterinarios debemos escuchar la verdad a través de lo no dicho y caminar con el problema por el bienestar del animal hasta que se produzca la curación o se acabe la vida. Este es nuestro juramento al que obedecemos. En este papel, he acompañado a granjeros y animales en días normales, pero también en los mejores y peores días de sus vidas. Hemos caminado juntos por las cenizas de graneros y animales tras el incendio, llorando. He cuidado personalmente de sus cerdos mientras el granjero se sentaba helado de dolor porque un sobrino había muerto en un trágico accidente en su granja. Juntos, hemos trabajado para encontrar la mejor manera de acoger a la mano de obra inmigrante en un país y un trabajo nuevos. Hemos visto a nuestros hijos caminar con nosotros en la granja, crecer y elegir ocupaciones dentro y fuera de la tradición familiar. Hemos llamado a sus médicos humanos cuando describían un estrés tan intenso que les dolía el pecho y veían borroso. Hemos trabajado para crear una cultura de cuidados en las granjas tanto para los humanos como para los animales; y es bueno. Es un trabajo que me encanta. Y en medio de este amor me siento llamada a hacer una pausa y considerar algo más, algo que aún no existe.

Como diácona, sería apta para algunos ministerios que pueden resultar más difíciles para un hombre que no ha tenido la oportunidad de llevar un niño en el vientre, alimentar a un bebé con tu propia sangre y luego dar a luz al niño hacia la vida o, en algunos casos, la muerte. Mi marido y yo bromeábamos diciendo que queríamos tener una docena de hijos. Después de diez embarazos y sólo tres hijos vivos, dejamos de intentar tener la docena y optamos por apreciar y alegrarnos de los tres hermosos hijos que tenemos con nosotros. Creo que las pérdidas experimentadas a lo largo del camino han ensanchado nuestros corazones y han cultivado el terreno para el ministerio con mujeres que están experimentando o han experimentado este tipo de pérdidas. Mi primer y mi último embarazo fueron embarazos ectópicos que tuvieron que ser tratados médicamente para salvarme la vida. Un bebé, Matthew, se perdió debido a un accidente umbilical. También tuvimos varios abortos espontáneos más. En mi propio duelo, el voluntariado en Brazos Vacíos, un ministerio que acompaña a las mujeres que han experimentado la pérdida de un bebé en el embarazo o en la primera infancia, me ofreció tanto curación como oportunidades para el ministerio a través de la escucha profunda. Las mujeres que experimentaron estas pérdidas querían hablar con otras mujeres que sabían lo que era sostener a un bebé muerto. Como mujer diácona, me gustaría que parte de mi servicio se expresara en este ministerio.

Durante los dos últimos años, he sido copresidenta del Grupo de Trabajo de Mujeres en la Iglesia de la Asociación de Sacerdotes Católicos de EE.UU. (AUSCP). Para cumplir nuestro

propósito de crear un espacio seguro para que las mujeres y los sacerdotes dialoguen, hemos facilitado Conversaciones en el Espíritu sobre la corresponsabilidad, el acompañamiento a mujeres jóvenes que disciernen si quedarse o irse, las llamadas de las mujeres y sobre estar a la altura de la llamada de ser una iglesia que escucha a nuestros hermanos y amigos LGBTQ+. Recientemente, los sacerdotes de la AUSCP me pidieron que me uniera al equipo de liderazgo. Dije que sí, llamada a acompañar a mis hermanos sacerdotes y ayudar en lo que pueda. Caminamos juntos. Me tratan como a una hermana. Juntos, corresponsablemente, con espíritu de diaconía, trabajamos.

Sí, me siento llamada a seguir sirviendo a nuestra Iglesia. Anhele la gracia sacramental de la ordenación para fortalecer los ministerios. Por eso imploro: "Santa Febe ruega por nosotros".



Lydia Tinajero Deck, MD es pediatra en Oakland, California. Es lectora, catequista y presidenta del Comité de Justicia Social de la Iglesia de Santa Teresa en Oakland, California.

Soy Lydia Tinajero, hija de Antonia y nieta de Genoveva.

La fe, la oración, la devoción y la compasión se han transmitido amorosamente a través de las mujeres de nuestra familia. Fue a través de ellas como comencé mi inexpressable diálogo con Dios.

Estas mujeres navegaron por la vida como inmigrantes, criando a sus familias en el este de Los Ángeles, California. Siempre estaban agradecidas por las bendiciones y la fidelidad de Dios. Este agradecimiento les permitía a su vez dar, incansable y reflexivamente, con el corazón contento.

Mi abuela Genoveva cocinaba para la comunidad parroquial, siempre alimentando a los demás. Mi madre tenía un corazón para los necesitados y le encantaba rezar. Su refugio era sentarse junto al Santísimo Sacramento. La iglesia era el lugar de nuestra familia para celebrar, dar gracias y servir a los demás.

Estas mujeres también nos transmitieron el dar bendiciones a la gente, en sus idas y venidas o simplemente como un toque cariñoso a la hora de dormir. Nos enseñaron a ungir. Todo esto dejó huella.

Desde muy joven, sentí una vocación. Mi primera comunión fue alegre, pero mi confirmación fue poderosa. A los 14 años, en una misa de retiro, supe con todo mi ser que Jesús estaba realmente presente en la Eucaristía. Estaba llamada a dedicar mi vida a la oración y al servicio. ¿Debía hacerme monja?

En lugar de eso, Dios me condujo por el camino de la medicina: hice votos para curar y reducir el daño, para ungir con cuidado. Mi viaje de fe continuó al encontrar a Jesús en todos mis pacientes, pero también como esposa y madre.

Como pediatra, escucho las historias de mis pacientes y busco acompañarlas. Mis pacientes no tienen seguro, viven en barrios marcados por la pobreza, la violencia armada, las viviendas precarias y otras condiciones que afectan a su salud. Veo tanta necesidad. Rezo y abogo cada día.

Nuestra página web diocesana dice que el papel del diácono es "inspirar, promover y ayudar a coordinar el servicio que toda la Iglesia debe emprender a imitación de Cristo". A través de la dirección espiritual y de mucho discernimiento, he llegado a ver que Jesús me llama a ser diácona: a dar a conocer las necesidades de mis pacientes a mi comunidad eclesial.

Estoy llamada a conectar mi vocación de médico con mi llamada al diaconado. Proviene del mismo deseo de responder a la llamada de Dios de "apacentar mis ovejas". ¡Todo encaja!

Sin una credencial es difícil hacer crecer este ministerio dentro de nuestra Iglesia institucional. Aun así - Dios utiliza mis manos, mis oraciones, mi corazón abierto dispuesto a servir y ungir.

Bauticé a un bebé en el hospital en mitad de la noche cuando el capellán no estaba disponible. Impuse las manos, para rezar, sobre mis alumnos confirmandos antes de su confirmación. Impuse las manos sobre amigos queridos que están enfermos. Ungí a mi madre al morir.

Todos los sacramentos de nuestra Iglesia son bendecidos por la comunidad e imparten la gracia. Ser ordenada diaconisa es el siguiente paso en el testimonio de mi vida de gran fe y servicio. Dios sigue llamándome a vivir una vida con este sello de compromiso con Jesús.

Anhelo que mi ministerio no sea sólo una excepción, permitida sólo en casos de emergencia. Me atrevo a imaginar una iglesia donde la llamada de Dios a las mujeres para apacentar las ovejas de Dios se extienda desde la comunidad hasta el altar; donde podamos vivir nuestra llamada a ungir, a compartir el mensaje de fe, a presentarnos para servir y a proclamar por todas partes que "hemos visto al Señor".

Apéndices

Apéndice I. Solicitud de Orientación Formal

En el Documento Final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, el párrafo 60 establece, en parte: “Además, la cuestión del acceso de las mujeres al ministerio diaconal sigue abierta. Este discernimiento debe continuar”.

Ofrecemos una humilde solicitud de un proceso sinodal que pueda servir a este discernimiento en curso. Reconocemos el deseo del pueblo de Dios de poder participar en los procesos de toma de decisiones eclesiales, y esta cuestión en particular toca cuestiones críticas sobre el papel de la mujer, la naturaleza de los ministerios ordenados y el ejercicio del ministerio y la autoridad en una Iglesia sinodal.

En concreto, solicitaríamos la elaboración de una guía oficial y una invitación a las Iglesias locales para que participen y compartan su sabiduría al servicio de la labor de la Segunda Comisión. Se podría animar a las iglesias locales a realizar una amplia gama de actividades: facilitar Conversaciones en el Espíritu, mantener diálogos y reflexiones sobre las realidades locales, simposios teológicos para explorar la naturaleza sinodal del diaconado. Podría configurarse en función de las necesidades locales, con el principio rector de dar espacio al Espíritu Santo para que hable a través del Pueblo de Dios sobre este tema de discernimiento que tiene implicaciones para la Iglesia global.

Este proceso podría ser fructífero en la recepción y aplicación del Sínodo, así como en la labor de la Segunda Comisión. Podrían servir para los siguientes fines:

1. **Diálogo:** Promover conversaciones sobre la participación de las mujeres en la vida y el liderazgo de la Iglesia, incluida su posible inclusión en el diaconado.
2. **Discernimiento:** Proporcionar preguntas estructuradas para que las comunidades reflexionen sobre si el Espíritu Santo está llamando a las mujeres a este ministerio en un contexto particular.
3. **Toma de decisiones:** Establecer un proceso transparente y participativo que respete los contextos locales y garantice que se tengan en cuenta las realidades locales a la hora de tomar decisiones.
4. **Servicio a la Comisión:** Permitir que la Segunda Comisión escuche a las Iglesias locales de manera específica, invitando a realizar contribuciones que sean coherentes con el proceso sinodal y se adhieran a las orientaciones del Dicasterio para la Doctrina de la Fe.

El apoyo y la orientación de las autoridades vaticanas podrían ayudar a promover la recepción y la experiencia de la sinodalidad, centrada en un tema que resuena en los corazones de muchos fieles, pero que requiere orientación para que el discernimiento pueda proceder en comunión con la Iglesia universal a la luz de la enseñanza del Magisterio.





RESUMEN EJECUTIVO

El informe completo puede consultarse en línea en: www.calledtocontribute.org

La mayoría de los católicos en los Estados Unidos son mujeres y la mayoría de los ministros laicos de la Iglesia Católica en los EE.UU. también son mujeres. Mientras que la ordenación al diaconado permanece un ámbito exclusivo de los hombres, las mujeres realizan servicios amplios que coinciden con las funciones básicas del diaconado en cuanto a la palabra, la liturgia y la caridad. Muchas mujeres se sienten llamadas específicamente a ser diáconos o expresan una apertura a discernir dicha llamada si ese camino estuviera abierto para ellas. La atención creciente a las preguntas sobre las mujeres y el diaconado a nivel mundial nos obliga a realizar investigaciones científicas para aumentar nuestros conocimientos sobre cómo la mujer contemporánea siente y cumple con su llamado en la Iglesia Católica. Dichas preguntas exigen una especial atención ahora dado el crecimiento y la urgencia en torno a las conversaciones globales sobre la mujer y el diaconado. El Concilio Vaticano Segundo especificó que el diaconado es un “ministerio de servicio”. Los cambios a la ley canónica introducidos por el Papa Benedicto XVI en 2009, reafirmaron la distinción entre los diáconos y los sacerdotes ordenados. El Papa Francisco ha nombrado una comisión en 2016 para estudiar el tema de la mujer y el diaconado en la Iglesia primitiva, su resultado no es concluyente.

Este informe resume los resultados de un estudio sociológico sobre las mujeres cuyo ministerio en la Iglesia Católica se acerca al de los diáconos exclusivamente hombres, pero cuyas oportunidades para cumplir plenamente su llamado está restringido por las barreras a la ordenación. Un equipo de cinco entrevistadores, bajo el liderazgo de la socióloga Dra. Tricia C. Bruce, entrevistó a fondo a cuarenta mujeres para explorar las características, contextos y contribuciones de las mujeres que están involucradas de forma activa en ministerios similares al diaconado. Las participantes en las entrevistas reflejan una diversidad en edades, razas/etnias, estado civil, si son madres o no, región, idioma, duración y tipo de ministerio. Las entrevistas duraron 75 minutos en promedio y fueron grabadas, transcritas y traducidas al inglés, cuando fue necesario, codificadas y analizadas.

El informe completo explora los patrones de las distintas experiencias de las mujeres católicas captados en cuatro temas interrelacionados:



En breve, los principales resultados son los siguientes:

1. Las mujeres católicas se sienten llamadas al diaconado, o podrían imaginarse o discernir dicho llamado si el diaconado estuviera abierto para ellas.

Las entrevistadas describen cómo las barreras de género inhiben sus imaginaciones sobre cómo podrían servir a la Iglesia y restringen sus realidades SUBSIGUIENTES. Algunas sienten un llamado explícito a la ordenación (que, con frecuencia, mantienen oculto), mencionando en particular los dones de la predicación, el acompañamiento y el servicio a los marginalizados. La mayoría se reconcilia con las vías de vocación disponibles, pero añoran las oportunidades de discernir otros papeles para ellas mismas.

2. Las mujeres católicas se sienten limitadas en cuanto a cómo pueden utilizar sus dones, responder a las necesidades ministeriales y vivir sus llamados como católicas en la Iglesia de los EE.UU.

Las entrevistadas navegan sus vocaciones dentro del contexto de la limitación. Específicamente describen cómo su llamado las lleva a ser *repudiadas*, cómo las *contingencias* dictan su acceso a las funciones ministeriales y cómo la falta de un título, reconocimiento y autoridad conferida por medio de la ordenación tiene como resultado la *ambigüedad*.

3. Las mujeres católicas se adaptan a vivir su llamado operando como “diáconos de facto”, y utilizan una deferenza estratégica, discrepan estratégica y manejo de las emociones.

Las entrevistadas abordan su ministerio con una mentalidad de “hay que hacerlo de todas formas”, muchas de ellas actúan como “diáconos de facto” sin el título ni el Orden Sagrado. Para hacerlo, esas mujeres defieren estratégicamente a los sacerdotes y obispos, discrepan estratégicamente usando tácticas tales como cambio de código y regularmente manejan sus emociones y las de otros (por ejemplo, mitigan el desencanto y la discordia y calman a los que se sienten “incómodos” con mujeres en puestos de autoridad).

4. Las mujeres católicas contribuyen de manera substancial a la Iglesia de EE.UU. por medio de un servicio que se nota y que es necesario, mientras intentan desempeñar papeles que están más alineados con sus llamados, aumentan su legitimidad y presagian la vitalidad a largo plazo de la Iglesia Católica.

El trabajo de las mujeres llena las necesidades de los ministerios en la iglesia exacerbadas por la escasez de sacerdotes y diáconos ordenados. Los laicos católicos responden bien a las mujeres que desempeñan un ministerio, las consideran capaces, calificadas, y talentosas en el servicio a la Iglesia. Aun cuando las mujeres sirven voluntariamente, la mayoría está esperando ansiosamente, con dudas, y preguntándose con cautela cuándo y cómo las mujeres serán ordenadas al diaconado. La mayoría ha llegado a la conclusión de que eso probablemente no suceda durante sus vidas, pero mantienen esperanzas para el futuro.

El informe amplía las dimensiones de cada tema según se describe en el diagrama que aparece abajo.



El estudio en su totalidad revela que las mujeres laicas católicas son un eje invisible del ministerio católico, pero en estado inherentemente precario. Las mujeres voluntariamente se comprometen a su llamado a un servicio similar al del diácono, pero la Iglesia Católica no garantiza las circunstancias en las que es posible cumplir con ese llamado. Hay una desconexión inevitable entre los dones y las oportunidades lo que significa que las mujeres deben echarse al hombro una carga emocional, profesional y económica como precio de entrada. Con el tiempo eso lleva a que un porcentaje importante de las mujeres den una nueva orientación a sus compromisos ministeriales o se retiren de ellos para cuestionar si la Iglesia Católica puede usar sus dones y valorar su presencia y quizás disuadir a las mujeres jóvenes de emprender un trayecto similar. Para poder pintar un retrato de la Iglesia Católica de los EE.UU. hay que tomar en cuenta la centralidad de la mujer yuxtapuesta a su situación precaria para ver una Iglesia inherentemente frágil, plagada de ineficiencias, y lista para recalibrar la composición y el carácter del liderazgo para responder a las realidades del ministerio diaconal.

Lea el informe completo en inglés [aquí](#).



Directrices propuestas para que renazca el diaconado femenino ordenado en la Iglesia Católica Romana de hoy

Documento preparado por Discerning Deacons en septiembre de 2024

I. Propósito e introducción.

Por medio de este documento Discerning Deacons "Directrices propuestas para que renazca el diaconado femenino ordenado en la Iglesia Católica Romana de hoy", pretende ofrecer una visión de cómo podría ser el diaconado femenino en nuestra propia era. Incluye un proceso para seleccionar, preparar, ordenar y evaluar a las mujeres diáconos. Las "Directrices propuestas" han sido coordinadas con el Centro St. Phoebe para la Diaconía, que preparó sus propias directrices mediante un esfuerzo colectivo de cinco años, incluyendo la solicitud e integración de las opiniones de jerarcas, clérigos y laicos de todas las edades y procedencias. Las "Directrices propuestas" se inspiran en las historias comunes de las Iglesias ortodoxa y católica, la necesidad pastoral actual de mujeres ordenadas diácona y los recientes llamamientos a la renovación de esta orden.

La orden esencial y apostólica del diaconado forma parte de las tres órdenes del clero. El diaconado se dedica a la diaconía, al servicio, incluido el ministerio a los laicos y la ayuda filantrópica a la comunidad en general. Los cristianos de todo el mundo se están dando cuenta de la necesidad pastoral de un diaconado vigoroso, tanto de hombres como de mujeres, para servir al cuerpo de Cristo.¹ El precedente histórico del diaconado femenino dentro de las Iglesias ortodoxa y católica ha sido sólidamente documentado a través de fuentes como los ritos de ordenación, los cánones, las santas diáconas y las pruebas arqueológicas. Renovar el acceso de las mujeres al diaconado como parte integrante de un ministerio diaconal más amplio conectará la vida sacramental y litúrgica de la Iglesia con las necesidades pastorales actuales.

Durante más de cincuenta años, el clero y los laicos han hecho llamamientos en todo el mundo para reinstaurar la orden diaconal de las mujeres diáconos en las Iglesias católicas con una urgencia y frecuencia crecientes. Las intervenciones del Sínodo mundial de obispos (2021-2024) indican claramente tanto la petición como la necesidad de restaurar a las mujeres en esta orden diaconal.

Discerning Deacons ofrece estas "Directrices propuestas" para abordar la necesidad existente de una visión clara de cómo se podría incluir a las mujeres en la única orden del diaconado en la actualidad, junto con un posible proceso para su institución. El propósito de este texto es avanzar en el tema, esbozar varios pasos concretos e invitar a una mayor reflexión constructiva en áreas clave. Este documento no pretende ser exhaustivo, ni pretende ser la última palabra; en cambio, pretende despertar la creatividad que Dios nos ha dado como comunidad de creyentes y facilitar la conversación y la acción en relación con este ministerio tan urgentemente necesario. La historia de la

¹ "Ensancha el espacio de tu tienda," Documento de trabajo para la etapa continental, Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión, párrafo 60, Octubre 2022.

ordenación de mujeres diáconos informa acertadamente a la Iglesia, pero no la determina; el diaconado de hoy debe servir a las necesidades de hoy.

Las mujeres siempre han sido, son y serán parte integrante de la vida de las Iglesias católicas. En las últimas décadas, las mujeres han entrado por primera vez en funciones eclesíásticas en un número significativo como líderes de consejos parroquiales, profesoras de seminario, historiadoras, teólogas, lectoras instaladas y acólitas instaladas. Esta expansión de las funciones femeninas es acertada porque la Iglesia católica entiende que las mujeres y los hombres han sido creados por igual a imagen y semejanza de Dios. Al mismo tiempo, las Iglesias católicas no entienden a las mujeres y a los hombres como idénticos. Por lo tanto, Discerning Deacons concibe a los diáconos masculinos y femeninos compartiendo los mismos papeles y funciones, sabiendo que expresarán esos papeles y funciones de forma diferente, según su sexo, en beneficio de toda la Iglesia.

En la articulación de las "Directrices propuestas", Discerning Deacons se ha beneficiado enormemente de la colaboración con el Centro St. Phoebe para la Diaconía. También nos hemos beneficiado de la generosa y colaboradora retroalimentación ofrecida por obispos, sacerdotes, diáconos, laicos y laicas de todo el mundo, retroalimentación que agradecemos enormemente. Ofrecemos esta propuesta en el espíritu compartido de ayudar a la Iglesia en su proceso continuo de discernimiento y renovación respecto al diaconado femenino.

II. Elegibilidad, formación y capacitación.

Una candidata al diaconado debe ser una católica canónicamente bautizada y confirmada en buena relación con la Iglesia. Lo ideal sería que obtuviera una sólida formación teológica católica a fin de prepararse para las conversaciones y cuestiones pastorales que se plantean a cualquier miembro del clero. Dicha formación podría incluir una Maestría en Divinidad o un programa de formación diaconal. Puede haber candidatas excepcionales y poco frecuentes cuyas habilidades pastorales, experiencia vital y desarrollo espiritual personal se consideren suficientes sin una formación teológica formal previa.

Como en el caso de los diáconos varones, la decisión de ordenar o no ordenar corresponde al obispo local, después de que la Conferencia Episcopal Nacional acuerde restaurar la Tradición en sus territorios eclesíásticos. Tan importantes como las credenciales educativas formales son las cualidades espirituales, la madurez y la capacidad pastoral de la candidata. Por ello, es crucial que el obispo local tenga plena confianza en su aptitud para la ordenación, concretamente, en sus capacidades espirituales, humanas, intelectuales y pastorales, y en su formación.

Existen varios cánones que guían el diaconado. Los cánones no pretenden ser dictados rígidos, sino directrices para promover la deificación dentro de la Iglesia según las circunstancias locales. Históricamente, las mujeres ordenadas al diaconado solían ser solteras o viudas según las costumbres sociales de la época, aunque había excepciones. Hoy en día, además de considerar dignas a las mujeres solteras o viudas, incluidas las religiosas con votos, de la edad requerida que no están llamadas a casarse ni a volver a casarse, Discerning Deacons también recomienda que las mujeres casadas sean elegibles como candidatas a la ordenación. Al igual que un diácono varón, una candidata a diácona debe estar casada antes de su ordenación y debe vivir su matrimonio centrado en Cristo que no conlleve impedimentos para su ordenación. Canónicamente, un diácono varón debe tener treinta y cinco años. En la práctica contemporánea, la Iglesia católica, en su sabiduría,

ordena a veces a hombres más jóvenes, especialmente a los destinados al sacerdocio. Por tanto, es posible que la Iglesia desee ordenar diáconas a mujeres más jóvenes que reúnan los requisitos. Cabe señalar que, a diferencia de los diáconos varones, las diáconas no son elegibles para la ordenación como sacerdotes u obispos.

III. Selección y recomendación.

Al igual que la práctica actual con los diáconos varones, una candidata a la ordenación completará un riguroso conjunto de evaluaciones de selección psicológica y médica, comprobación de antecedentes y, dependiendo de las directrices diocesanas, proporcionará, por ejemplo, varias cartas de referencia, incluyendo la de su párroco y, si es religiosa consagrada, la de su superiora general. También pueden solicitarse cartas adicionales de otras personas que puedan hablar de su carácter, madurez espiritual y aptitud general. Al igual que la esposa de un diácono, el marido de una diácona (si procede) debe apoyarla, comprendiendo la naturaleza y los sacrificios que acompañan a su función ordenada.

IV. Posibles ministerios de las diaconisas.

Los posibles ministerios de las mujeres diáconas hoy en día son varios. La Iglesia católica necesita mujeres diáconas ordenadas que ejerzan un ministerio de mujer a mujer, como la atención que una mujer diácona podría prestar a las experiencias vitales particulares de las mujeres, incluidas las relacionadas con el abuso sexual o conyugal, la fertilidad y la maternidad, la crianza de los hijos y la salud y el envejecimiento de la mujer. Este ministerio de mujer a mujer es especialmente necesario en la sociedad contemporánea, en la que los sexos viven integrados y las mujeres rara vez tienen oportunidades de apoyo de mujer a mujer. Aunque hoy en día algunas mujeres católicas tienen acceso al apoyo entre mujeres en estas y otras cuestiones, todas las mujeres católicas carecen de la posibilidad de buscar el apoyo de una mujer diácono que haya sido examinada, formada, ordenada y dotada de facultades para realizar este trabajo.

La Iglesia católica también necesita el ministerio de las mujeres diáconas para toda la Iglesia y el alcance de la Iglesia más allá de sus miembros. Tales ministerios podrían incluir el trabajo de las mujeres que ofrecen su formación o educación profesional a la Iglesia, como la capellanía, la enfermería, el trabajo social y la catequesis religiosa. Otros ministerios podrían incluir el trabajo de mujeres dotadas pastoralmente en formas que no requieren formación profesional, como la enseñanza de materias religiosas, la extensión misionera, el testimonio interreligioso, la filantropía, la administración parroquial, la pastoral familiar y la pastoral juvenil y de jóvenes adultos. Todos los ministerios estarán vinculados a la vida sacramental de la Iglesia y la apoyarán en el papel de una mujer diácono ordenada.

El objetivo de todos los esfuerzos de las mujeres diáconas será contribuir positivamente a la deificación y al cuidado espiritual de los miembros de la Iglesia y de la sociedad en general. El ministerio que cada mujer diácono ofrece dentro de su parroquia o entorno particular se establecerá claramente como parte de su proceso de discernimiento y colocación con su obispo y se articulará claramente dentro de su comunidad. Su ministerio puede ser una extensión de sus dones naturales y de su formación teológica; por ejemplo, puede asumir un papel de liderazgo en la catequesis o en la atención compasiva en la comunidad parroquial. También puede estar relacionado con su formación profesional fuera de la Iglesia; por ejemplo, tal vez sea capellana diplomada y sirva a la comunidad

eclesiástica en esta función o sea enfermera diplomada y pueda servir a los fieles como enfermera parroquial.

V. Posibles funciones litúrgicas.

El diaconado es la función ordenada en la Iglesia que conecta especialmente la liturgia de nuestras vidas con la vida sacramental y litúrgica de la Iglesia. Las funciones litúrgicas del diaconado incluyen incensar el espacio litúrgico, ofrecer las peticiones por las preocupaciones del pueblo, proclamar el Evangelio, predicar la homilía, ayudar en la preparación de las ofrendas, distribuir la Comunión a los fieles y llevar la Eucaristía a los enfermos o confinados en sus hogares.

Con las órdenes mayores, una mujer diácono cumple los criterios tradicionales para desempeñar funciones litúrgicas. Mientras que en la Iglesia antigua las diáconas tenían a menudo funciones litúrgicas públicas más circunscritas que las de los diáconos varones, reflejo de las costumbres sociales de la época, en la actualidad dichas funciones litúrgicas deben compartirse en todo el diaconado, reflejo de nuestros tiempos. Estas funciones litúrgicas son la extensión y expresión del ministerio sacramental del diaconado que se le confiere en la ordenación, conectando a la Iglesia y al mundo en la expresión tradicional del ministerio diaconal. Al mismo tiempo, las funciones litúrgicas de las mujeres diáconos pueden variar de un lugar a otro, según las costumbres locales y la dirección y supervisión del obispo diocesano. Tanto a través de sus ministerios como de sus funciones litúrgicas, las mujeres diáconos aportarán hoy a la Iglesia una visión y una presencia femeninas necesarias.

VI. Rendición de cuentas y evaluación.

Las mujeres diáconos seguirán los protocolos eclesiásticos que se aplican a los diáconos varones en cuanto a la recepción de facultades. Esta es una responsabilidad crucial de todos los que sirven en el ministerio diaconal para el mantenimiento del buen orden eclesiástico.

A medida que la Iglesia Católica discierne más plenamente las formas en que las mujeres pueden contribuir mejor a través del ministerio ordenado, se llevarán a cabo evaluaciones constructivas regulares, con la participación de la mujer diácono, el párroco o superiora general y su obispo diocesano. Esto dará tanto a la mujer diácono como a los responsables de supervisar su *diakonía*, la oportunidad de reflexionar sobre su vida y ministerio dentro de la Iglesia, identificando formas de fortalecer el Cuerpo de Cristo. Del mismo modo, la parroquia a la que ella sirve podría considerar en un clima de oración una compensación acorde con sus medios, al igual que para cualquier otro clérigo.

VII. Presencia en la parroquia.

Aunque un número creciente de fieles son conscientes de la historia de las mujeres en el diaconado y apoyan activamente su resurgir, la introducción de una mujer diácono ordenada en la vida visible de la Iglesia requerirá sensibilidad pastoral ante los distintos niveles de comprensión y entusiasmo por dicho ministerio. Una relación solidaria y mutuamente vivificante entre todos los miembros distintos de un mismo cuerpo es la norma de nuestra fe. Del mismo modo, en la parroquia es ideal una atmósfera de apoyo y aliento mutuo entre laicos y clérigos. Esto proporciona un entorno que acoge la presencia y la acción del Espíritu Santo para alimentar la paz en el cuerpo comunitario de los fieles.

Inicialmente, es importante que el clero local y el obispo diocesano den ejemplo de hospitalidad hacia un papel ampliado del diaconado ordenado, respaldando y reforzando públicamente la autoridad de la identidad pastoral diaconal. A largo plazo, también es importante que la diácona y el clero que la supervisan directamente mantengan consultas frecuentes y constantes para ayudarla a desempeñar sus responsabilidades ministeriales de forma armoniosa. Trabajando juntos pueden generar entusiasmo y compromiso por las funciones de las mujeres diáconos como planificar oportunidades educativas para que los feligreses experimenten y comprendan cómo el ministerio parroquial diaconal activo es inherente a la plenitud de la vida en la Iglesia.

VIII. Proceso propuesto.

Proponemos que la re-institución del diaconado femenino comience con un Motu Proprio pontificio, revisando el Canon 1024 del Código de Derecho Canónico para que diga: "Sólo el varón bautizado recibe la sagrada ordenación como sacerdote u obispo".

IX. Conclusión.

Con gratitud por el trabajo pionero de muchos otros, y particularmente por el trabajo de eruditos, académicos y el Centro St. Phoebe, Discerning Deacons ofrece con humildad estas "Directrices propuestas para que renazca el diaconado femenino ordenado en las iglesias católicas de hoy". Rezamos para que el Espíritu Santo continúe guiándonos para inspirarnos mutuamente en el servicio a la Iglesia y, a través de dicho servicio, crecer más cerca de nuestro Señor, Dios y Salvador, Jesucristo. Por la gracia de Dios, que podamos explorar y prever un proceso para revivir el diaconado completo, de modo que la bendición sacramental de este ministerio permita que la presencia, las perspectivas y los talentos de las mujeres se infundan verdaderamente en toda la vida de la Iglesia. A medida que invitemos al espíritu de la diaconía - del servicio - a renovar y reavivar la llama del amor de Cristo entre todo el diaconado y, de hecho, en toda la Iglesia, ésta se verá fortalecida en su ministerio y en su mensaje. Que la renovación de la orden diaconal, para incluir a hombres y mujeres, sea para gloria de Dios y en beneficio de todo el pueblo de Dios.